

GEOPOLITICA Y GEOESTRATEGIA DEL MEDITERRANEO

por JOSE HIJAR ARIÑO
General de División

Al enfrentarnos con un área geográfica, por pequeña que sea, y tratar de analizar el porqué y el cómo del equilibrio de fuerzas allí existentes en un momento dado, así como su posible alteración, tendremos que hacerlo pensando en fuerzas y dimensiones globales, porque el mundo es una inmensa caja de resonancia en la que un conflicto surgido en cualquier parte, puede provocar ecos en otros lugares, generalizando una guerra que en un principio se presentó con carácter limitado. Esta consideración, aplicable hoy día a todos los espacios del mundo, lo es más al Mediterráneo, porque se halla incrustado como un gran lago entre tres continentes y además relaciona dos áreas estratégicas muy importantes: la del Océano Atlántico y la del Indico. Con tales premisas puede hablarse de Geopolítica y de Geoestrategia, al referirse a un área tan pequeña como la mediterránea.

Ahora bien; la situación del mundo en un momento determinado es tan compleja y evoluciona tan rápidamente, que al hacer un estudio geopolítico, la diversidad de factores que han de tenerse en cuenta pueden llevarnos a conclusiones muy diversas, tanto por el peso que haya que asignar a cada uno de ellos, como por razón del momento que se considere.

El estudio que vamos a hacer pretende señalar las fuerzas que actúan sobre el área mediterránea y su posición de equilibrio, como base para un estudio posterior geoestratégico del Mediterráneo. Para ello empezaremos por establecer un bosquejo geográfico y una síntesis histórica, como cuerpo y alma del área mediterránea, que han de servir de soporte a los demás factores geopolíticos que hemos de considerar.

ASPECTO GEOGRÁFICO

Extensión y configuración

Las olas mediterráneas bañan las costas de tres continentes: Europa, Asia y África y, aunque las asiáticas son las más reducidas, no por eso son menos importantes, ya que corresponden al Próximo Oriente que, como veremos, es la «placa giratoria» de esas tres partes del mundo.

Este mar corresponde a una amplia fisura geológica alargada, de casi 4.000 kilómetros, en el sentido de los paralelos; en cambio, en el sentido meridiano, por ser sus costas muy recortadas, tiene una anchura variable que va desde los 800 kilómetros entre Génova y Túnez a los 138 kilómetros entre Sicilia y Túnez.

Su extensión total, de unos 3.000.000 de kilómetros cuadrados, no puede compararse con la de los grandes océanos, como el Atlántico, que es 40 veces mayor, o el Pacífico, que tiene 70 veces más superficie, y esto hace que el empleo de los medios militares tenga en este mar modalidades diferentes de las que son normales en aquellos otros.

Debido a la violencia que presidió su formación geológica, presenta una gran compartimentación que da lugar a importantes senos y mares interiores: Tirreno, Ligur, Balear y de Alborán, en la parte occidental, y Adriático, Jónico y Egeo en la oriental, aparte de los mares cerrados que se enlazan entre sí en el NE.: Mármara, Negro y Azof.

Un eje de tierra firme se despliega de Norte a Sur por su parte central, produciendo el lomo alargado de la península Apenina que separa dos cuencas diferenciadas, tanto por sus características geográficas como por su historia: la occidental, circundada por los Apeninos, Alpes, Cevenes, Pirineos, montes Ibéricos, Penibética, cadena Rifeña y el Atlas, mientras que la oriental, más irregular, tiene sus límites a partir de los Alpes por los Balcanes, meseta de Anatolia, el Tauro, Líbano y la meseta de Cirenaica para cerrar por los Apeninos.

Relieve

El relieve que encuadra este mar por el Sur, recuerda por su aspecto el paisaje estepario de las penínsulas mediterráneas, aunque con mayor aridez; pero hacia el Este, el marco de montañas se interrumpe para dar paso a la meseta líbica en Africa, que se prolonga en Asia por la meseta de Siria. El conjunto de estas mesetas corresponde a una amplia brecha encajada entre los sistemas montañosos del Atlas africano y el Líbano asiático, por la cual se abre paso el Nilo como un presente de la naturaleza y un símbolo de fertilidad en medio de los áridos desiertos que lo encuadran. Esto da al Nilo un gran valor ecético, que fue la razón de que se instalara en él, desde tiempos remotos, uno de los primeros focos de civilización.

En contraste con todo esto, la orilla europea es de carácter montañoso, desplegando sus picos a partir del arco de los Alpes hacia el Este por los Balcanes y las montañas de Asia Menor y en dirección Oeste, por los Cevenes, Pirineos y península Ibérica.

De esta descripción se deduce que es más fácil profundizar en tierra firme desde el Mediterráneo hacia el Sur que hacia el Norte, sin que por eso la barrera europea sea absoluta, pues en ella existen varias brechas que mellan ampliamente las crestas montañosas. Por ejemplo, una doble brecha en el Sur de Francia que permite seguir las direcciones envolventes del macizo Central: una hacia Burdeos, siguiendo los cursos del Aude y del Garona, y otra hacia Lyon, remontando el Ródano, que es lo que hicieron los anglosajones en el desarrollo de la operación «Yunque» durante la Segunda Guerra Mundial. Otra brecha importante es la del Adriático, que permite ir hacia Viena y cuenca húngara danubiana y, por último, el pasillo que conduce desde Salónica hacia Belgrado, el cual trataron de utilizar los aliados contra los Imperios Centrales en la Primera Guerra Mundial.

El relieve submarino es muy irregular, debido a la misma causa de la actividad orogénica, y así se han producido amplias diferencias de nivel, dando lugar a que muchas cumbres de las montañas submarinas se eleven sobre las aguas produciendo una extraordinaria cantidad de islas, algunas de las cuales han sido focos de civilización, como la de Creta, encrucijadas de influencias políticas, como Sicilia, o han sido a manera de las piedras de un vado, como las del mar Egeo, que permitieron el paso de la influencia helena hacia el Asia Menor.

Estrechamientos

Las principales angosturas del Mediterráneo que nos interesan son:

— el estrecho de Gibraltar, de 13,3 kilómetros de anchura mínima, que se halla dominado y batido, no sólo por la reacción aérea, sino por la terrestre de la península Ibérica y de Marruecos;

— el canal de Sicilia, entre esta isla y Africa, de 138 kilómetros de anchura. En este paso se halla la isla de Malta que, por su privilegiada situación en el centro del Mediterráneo, jugó tan importante papel durante la Segunda Guerra Mundial no obstante verse sometida a una intensa acción aérea de la aviación terrestre de los países del Eje;

— el canal de Otranto, de 75 kilómetros de anchura, controlado por Italia y Albania, dando paso al Adriático, que resulta como un fondo de saco marítimo;

— los Dardanelos, de 1,5 kilómetros de anchura media, que fue teatro de duras luchas durante la Primera Guerra Mundial y, el Bósforo de 750 metros de angostura;

— por último el canal de Suez, salida artificial, pero muy importante en las rutas marítimas a Oriente, con 161 kilómetros de longitud entre Port Said y Suez, cuya nacionalización por Egipto dio lugar a la frustrada intervención anglofrancesa en 1956.

Clima y vegetación

Este mar, por la orientación de su eje mayor en el sentido de los paralelos, tiene un clima suave y uniforme que da a la vegetación de sus países ribereños el aspecto característico del tipo de vegetación mediterránea: olivo, algarrobo, vid, naranjo y limonero. Es decir, que el clima produce una unidad de vida allí donde el relieve ha construido una diversidad de formas, contribuyendo a establecer dentro de esa variedad unas maneras comunes de vida mediterránea que permitieron extender por aquel mar las luces de las culturas de Creta, Grecia y Roma, y crear una civilización típicamente mediterránea en cuyo ambiente había de surgir y propagarse por todo el *mare nostrum* la fe de Cristo, para formar con todo ello el robusto pilar de nuestra actual civilización occidental.

El factor humano

El potencial humano del área mediterránea es grande y su crecimiento rápido; actualmente se calcula en unos 300 millones de habitantes, pero tanto su ideología como su organización política son muy heterogéneas, lo cual se opone a toda idea de unidad o hegemonía.

Desde el punto de vista religioso se reparten entre el cristianismo, islamismo y judaísmo, que han producido los más graves problemas en el Mediterráneo oriental, precisamente donde estuvo la cuna de las tres religiones: desde las guerras de expansión musulmana en el siglo VII, siguiendo luego con las Cruzadas y la batalla de Lepanto, hasta llegar a los actuales pleitos entre árabes y judíos.

En el aspecto político se asoman a este mar por las costas europeas países de signo occidentalista como España, Francia, Italia y Grecia; otros comunistas disidentes como Yugoslavia, Albania, el satélite chino, y, arrinconadas en el mar Negro, la U. R. S. S., Rumania y Bulgaria.

En las costas de Asia, a partir de Turquía aparecen una serie de países islámicos que son restos del antiguo imperio otomano. Tras la Primera Guerra Mundial, estos han pasado, en su camino hacia la emancipación total, por la fase de colonias, mandatos y protectorados, y hoy se esfuerzan en un sentido contrario de integración por medio de la Liga Árabe.

Por último, en el norte de Africa vemos unos países, también islámicos, que han nacido a la vida internacional con gran violencia y un sentimiento integracionista como los anteriores.

Límite geopolítico del área de intereses mediterráneos

Dado el carácter geopolítico que ha de presidir este estudio, hay que desbordar el marco geográfico teniendo en cuenta, no sólo los países que participan más o menos directamente en la vida mediterránea, sino también aquellos que, aunque extraños a este mar, tienen fuertes intereses en él y aún otros que por su potencialidad pueden pesar de manera notoria en la resolución de los problemas políticos que allí se planteen.

En primer lugar hay que incluir, con carácter de evidencia, los

países que no tendrían posibilidad de desenvolvimiento si no participan en la vida mediterránea; a saber: Italia, Albania, Grecia, Turquía, Siria, Israel, Líbano, Egipto, Libia, Túnez y Argelia. A éstos hay que agregar los que teniendo posibilidades de vida en otras áreas, necesitan una participación en la vida mediterránea, como ha demostrado la historia en algunas de sus regiones. Tal ocurre con dos países ampliamente bañados por el Atlántico: España, que engloba los antiguos reinos de Aragón y Granada, que tuvieron una gran actividad mediterránea, y Francia con el Languedoc y Provenza. Aún existe un tercer país que, aun incorporado recientemente a la vida moderna de los Estados, presenta una semejanza con los anteriores. Se trata de Marruecos, que es un país atlántico y posee, sin embargo, dos regiones mediterráneas: el Rif y Gomara.

Un tercer grupo de países reviste importancia mediterránea a pesar de no tener costas en este mar; son aquellos que flanquean las puertas de acceso por el Este y por el Oeste: por una parte, los Estados orientales de Irak, Jordania, Arabia Saudita y el Yemen; y en relación con la puerta occidental, Portugal.

Pero aún es más amplia la masa de intereses mediterráneos, porque vemos potencias extramediterráneas con intereses en él a pesar de que algunas se hallan muy distantes: Gran Bretaña, aferrándose desesperadamente a sus bases de Gibraltar, Malta y Chipre; la U. R. S. S., con su secular aspiración de salida al Mediterráneo, que le daría posibilidades estratégicas muy superiores a las que le brinda el mar Negro, y por último los Estados Unidos, que han recurrido a mantener en él una flota autosuficiente, por no contar con bases seguras en tierra.

SÍNTESIS HISTÓRICA DEL CONJUNTO MEDITERRÁNEO

La accidentada geografía del área mediterránea, con sus pequeñas y grandes penínsulas recortadas, sus islas y los llanos que circundan las bahías, se opuso a la unidad física de un tipo humano mediterráneo, dando cobijo, en cambio, a una diversidad de sedimentos raciales que sirvieron de base para la actual población. Por un lado fenicios, griegos, caucásicos y latinos; por otro, semitas, como los árabes y judíos, y por último, púnicos y bereberes en el norte de Africa, e iberos y bereberes asentados en nuestra península.

A estos fondos raciales les llegaron aportaciones por el Norte, de las razas centro-europeas cuando éstas fueron empujadas por las hordas asiáticas; por el Este llegaron grupos mogólicos, como los turcos, y por el Sur influencias negroides observadas entre los bereberes.

Tal variedad de razas ha producido influencias mutuas, dando lugar a que en el Norte no exista un claro límite racial en cuanto a los rasgos fundamentales, mientras por el Este, no se han difuminado tanto, porque los turcos, aún absorbidos por los caucásicos, han perpetuado el tono amarillento de su tez mogólica. Por el Sur, la amplia barrera del desierto de Sahara delimita las comarcas pobladas por blancos en el Norte y negros en el Sur.

Primeros Estados mediterráneos

Al extenderse por el mundo los hombres que poblaron la cuna de la humanidad, lo hicieron buscando el amparo de las aguas fertilizadoras de los ríos y así surgieron dos culturas que llamaremos «potámicas»: una en Egipto al agruparse las tribus a lo largo del Nilo, huyendo de las tierras resacas y desérticas; la otra en Mesopotamia, a caballo del Tigris y del Eufrates. La defensa de sus fronteras quedó confiada por mucho tiempo al desierto, por una parte, y al Mediterráneo, por otra. Mesopotamia era la que tenía mayores riesgos a causa de la vecindad del Irán, país asentado sobre terrenos más elevados. Sin embargo, Egipto fue invadido por los hyksos, que entraron por el istmo de Suez, y por los pelestas, que lo hicieron por mar hacia el año 1200 a. de J. C., en época que se empareja con la de la salida de los israelitas de Egipto. Estas invasiones acabaron con la preponderancia y aun con la independencia de Egipto por muchos siglos. En cuanto al imperio Asirio, nacido de la cultura mesopotámica, alcanzó el esplendor de su segundo imperio con los sargónidas en el siglo IX a. de J. C., pero sus luchas con los medos y los iraníes en el siglo VI acabaron con él.

Ciro de Persia llegó a extender su imperio desde la India a Egipto y puede decirse que a partir de este momento entraban los países orientales en la historia y la política del Mediterráneo, aunque no como rectores de la vida de los pueblos que rodeaban este mar, sino en una forma más pasiva: como puente intercontinental y puerta de Asia. Esto es lo que da actualmente su sentido geopolítico al Oriente

Medio y por eso, la posición clave que ocupa Mesopotamia, al igual que la del delta del Nilo, han sido siempre puntos básicos de la política mediterránea y un pilar en la estrategia de los pueblos marinos.

Primer centro marítimo mediterráneo

Entre los años 2000 y 1500 a. de J. C., unos pueblos indogermánicos procedentes del Norte, penetraron en el espacio del mar Egeo para asentarse en sus costas. Luego, la facilidad que había para saltar entre las diversas islas de este mar sirvió a los helenos en sus primeros pasos marinos que habían de perfeccionarse con la navegación de cabotaje aprendida de los fenicios, porque éstos, mucho antes del siglo VII, habían convertido el Mediterráneo en un «lago fenicio» y los griegos, siguiendo las huellas de sus maestros, llevaron sus colonias por todo el Mediterráneo durante los siglos VII y VI antes de J. C.

Más tarde, con las rivalidades entre las ciudades-estados griegas, Atenas, favorecida por una posición costera central en relación con el Egeo, alcanzó la preponderancia para quedar luego sometida a la política de Macedonia. A partir de este momento, el espacio egéico perdió su carácter de centro vital. Este iba a pasar primero al Mediterráneo occidental con los cartagineses, hasta que el poderío romano reuniera en un imperio todo este mar, constituyendo un poderoso núcleo geopolítico irradiador de líneas de expansión.

El Imperio mediterráneo.—Cartago y Roma

Una lucha entablada entre la aristocracia y el pueblo fenicio, obligó a aquélla a emigrar a Africa, donde fundó Cartago en el siglo VI a. de J. C. Bien pronto fue sustituido el poderío marítimo fenicio por el cartaginés, y en menos de cincuenta años Cartago se enseñoreó de la cuenca occidental mediterránea, concentrando en sus manos el comercio de Africa, España, Cerdeña y sur de la Galia; los últimos años del siglo VI vieron el máximo esplendor de la marina cartaginesa al desbordar el área mediterránea, alcanzando por el Norte las costas de Inglaterra y por el Sur el cabo Nun en Africa.

Pero al mismo tiempo, otro pueblo se movía en este mar con afán de imperio: Roma, que había sido fundada, según la tradición, en

753 a. de J. C. y que, a la sazón, llevaba setenta y cinco años de victorias y conquistas.

Entre ambas repúblicas se hallaba la isla de Sicilia, donde, tarde o temprano, habían de chocar sus fuerzas, y así es cómo se llegó a la primera guerra púnica. Vencedora Roma, empezó su expansión mediterránea. Mas este mar daba de sí para las dos rivales y Cartago se indemnizó de la pérdida de Sicilia con la conquista de España, aunque tuvo que detenerse en la línea del Ebro a la cual llegaban las conquistas romanas por el Norte. El valle del Ebro resultaba así una nueva zona de tensión en la que confrontaban los dos imperios.

Pero el triunfo de Roma en la primera guerra púnica no había resuelto más que la cuestión de Sicilia y como Cartago había salido de la guerra con bastante poderío, del rescoldo de aquella lucha brotó la llama que había de encender la segunda guerra púnica. El triunfo romano en ésta, fue más claro y rotundo, lo que dio a Roma el carácter de primera potencia del mundo antiguo y le aseguró un imperio mediterráneo que abarcaba desde España y la Galia por el Oeste hasta Grecia, Macedonia y los países helenos por el Este (croquis núm. 1).

Por fin, en un tercer envite, Cartago fue destruido, pasando a constituir en 746 a. de J. C. una simple provincia romana con el nombre de «Africa propia». A partir de este momento, Roma dominaba enteramente el Mediterráneo, llegando luego el imperio de César, que había de mantenerse en pie hasta la segunda mitad del siglo v.

Analizando este imperio se ve que era eminentemente marítimo y mediterráneo. De Africa no le interesaba a Roma más que el aspecto militar y por eso se limitó a montar allí una cobertura que asegurara el imperio por el Sur, donde quedaba vivo el recuerdo de que allí había estado Cartago, su mortal enemiga. Dentro del continente africano, la montaña sólo le interesó desde el punto de vista militar. Por eso en Marruecos su dominación se limitó al «Marruecos útil», extendiéndose por el llano atlántico y la cuenca del río Sebú. Hizo acto de presencia en Yebala, conjugando su ocupación con la de la península Ibérica enfrentada en el estrecho de Gibraltar; pero ya no ocuparon Gomara al Este, sino que saltaron a Túnez, donde se presentaba otro estrechamiento mediterráneo.

En cambio, por el Norte, trató de obtener una romanización de las provincias conquistadas, dándoles su cultura, su lengua y sus

normas jurídicas; y cuando tuvo que detener la expansión por este lado, buscó la seguridad ante los pueblos bárbaros utilizando dos grandes ríos: el Rin y el Danubio. Como el ángulo que forman los altos valles de éstos representaba un boquete, los emperadores Antoninos lo cubrieron hacia el año 100 de nuestra era con el «muro de Trajano», que partía de Coblenza (Confluentes), cortaba el Main (Renus) al NE. de Stuttgart y se prolongaba por el «muro de Adriano» para cerrar sobre el Danubio aguas arriba de Ratisbona (Regina Castro) (croquis núm. 1).

Pero el sistema del glasis que establecieron los romanos para defender sus fronteras, la del Rin y Danubio por el Norte y la del Mediterráneo por el Sur, les hizo creer en una absoluta seguridad, naciendo así una excesiva confianza que luego habían de pagar cara.

A partir del emperador Cómodo, a fines del siglo II, el imperio vino cayendo por la pendiente del debilitamiento y las tres familias de pueblos bárbaros, que se empujaban unos a otros ante la frontera Norte, germanos, eslavos y mogoles, eran un peligro que se fue agravando hasta el momento de la muerte de Teodosio en 395, que trajo la división del imperio entre Oriente y Occidente: éste, más tarde, ya no pudo resistir el empuje de los germanos desde Europa central y las tribus invasoras se repartieron el terreno conquistado.

La destrucción del imperio de Occidente, sólo resultó un episodio en la vida del espacio mediterráneo, porque en el año 800 fue restaurado como «Sacro Imperio Romano Germánico», cuyos límites eran: por el Sur, el Ebro y los Apeninos; al Norte, el Báltico; al Oeste, las costas atlánticas, y al Este el Adriático incluido y el Elba. Como se ve, se trataba de un gran imperio continental en el que había desaparecido el anterior carácter mediterráneo. El imperio bizantino de Oriente tuvo, en cambio, una época de esplendor mediterráneo con generales como Belisario, bajo el imperio de Justiniano, y pudo extenderse por la cuenca occidental mediante acciones terrestres combinadas con las marítimas para dominar el gran mar. Solamente faltó para el completo dominio de toda la cuenca, la ocupación de la parte septentrional de Italia dominada por los lombardos, el Sur de la Galia y los territorios al sur del Ebro en la península Ibérica. La decadencia de este imperio, continuador en cierto modo de la antigua Roma, tiene lugar hacia el año 700, por lo que se le conoce como Bajo Imperio, y aunque tratan de reanimarlo con la fundación sucesiva del imperio latino por Alejo Commeno y el griego por Miguel

Paleólogo, no pudieron evitar que en el siglo XIV saltaran sobre Gallípoli los primeros contingentes turcos procedentes de Anatolia y un siglo más tarde, cayera Constantinopla, cuyo hecho había de señalar su derrumbamiento definitivo.

Los árabes.—Su fracaso en el intento de imperio mediterráneo

Una fuerza de carácter continental llegó con sus huestes al Mediterráneo: la de los árabes, cuyo núcleo originario se hallaba centrado en Bagdad y Mesopotamia.

Su expansión fue extraordinariamente rápida, porque les impulsaba el estímulo de la nueva fe predicada por Mahoma, habiéndose puesto al servicio de ella la fuerza racial de una gran masa: la del pueblo árabe. No se limitaron a extenderse por los países vecinos, con lo que el pueblo árabe difícilmente hubiera entrado en la historia del Mediterráneo, sino que acudieron al llamamiento de algunos pueblos norteafricanos que hasta entonces habían estado bajo la dependencia griega. Esto les permitió extenderse por la costa mediterránea de Africa y en un siglo de expansión (632-732) dominar desde el valle del Indo y de Cachemira, por el Este, hasta las costas atlánticas por el Oeste.

Al llegar por esta parte a Marruecos, límite extremo de su avance, hicieron en este país algo análogo a lo que los romanos habían hecho en nuestra península; lo influenciaron grandemente dándole su idioma, su derecho, fijado en el Corán y en las costumbres, y también sus creencias. Por eso, España y Marruecos, a pesar de tener en el elemento bereber un fondo racial común, resultaron diferentes: España, país cristiano latinizado; Marruecos, un pueblo islámico arabizado.

Los árabes habían absorbido durante su expansión a pueblos conocedores del mar que han sido etiquetados como «árabes»; pero a pesar de ello, su dominio no fue nunca de tendencia marítima mediterránea y por eso, cuando intentaron el asalto a Europa lo hicieron a través de los estrechos, sobre todo por España; pero en esta dirección, cuando trataron de seguir para asentarse en el país transpirenaico, el alud árabe fue detenido por Carlos Martel en la Galia. España hizo el papel de una escollera, donde la fuerza de la marea árabe fue perdiendo, hasta deshacerse en espumas que salpicaron los campos de Poitiers.

Aún fueron menos afortunados los árabes al tratar de profundi-

zar en Europa por los estrechos euro-asiáticos, donde se les oponía el imperio bizantino. Por todas estas razones no puede hablarse de un imperio árabe mediterráneo a pesar de la fuerza de expansión del Islam.

Los turcos

Los turcos repitieron en el puente euro-asiático el ataque al continente, como lo habían hecho los árabes en Occidente; pero así como éstos fueron prontamente contenidos en Francia, los turcos, con mejor fortuna, pudieron llegar hasta el Danubio en el corazón de Europa, donde se mantuvieron muchos años. Asentados en Asia y extendidos por Europa y África, su poderío resultó temible, pero tampoco consiguieron un imperio mediterráneo.

La afluencia hacia este mar de tantos pueblos extraños a él, acabó por producir una desintegración mediterránea, que había de culminar con las incursiones llevadas a cabo desde el Norte por los normandos.

INTENTOS DE INTEGRACIÓN MEDITERRÁNEA

Antes de desaparecer en el siglo xv todo vestigio del imperio mediterráneo que Roma había creado, se produjeron varios hechos históricos de señalada importancia que pueden considerarse como otros tantos esfuerzos para conseguir nuevas formas de integración mediterránea: unas veces tratando de eliminar a los turcos de los países que habían conquistado en Africa y en Europa; otras por medio de la expansión comercial, y alguna vez mediante forcejeos políticos entre las naciones que trataban de conseguir una hegemonía. Estos intentos fueron:

1. *Las Cruzadas (1095 a 1270)*

Al asentarse los turcos seldyúcidas en las costas orientales mediterráneas, ocuparon los Santos Lugares y esto indujo al Papa Urbano II a hacer un llamamiento a la Cristiandad para que acudieran a su rescate, finalidad principal de las Cruzadas, que además, caso de haber tenido éxito, hubieran conseguido alejar del Mediterráneo a un pueblo continental de estirpe mogólica. Sin embargo, las Cru-

zadas, que en número de ocho tuvieron lugar entre los años 1095 y 1270, en que murió San Luis, fueron otras tantas guerras mediterráneas llevadas a cabo por naciones continentales que se valían de ejércitos organizados en forma muy elemental y que, al estar muy alejados de sus bases, encontraban grandes dificultades para trasladarse y abastecerse, bien a través de los Balcanes y Asia Menor, o a lo largo del Mediterráneo. Cabe citar, sin embargo, la tercera Cruzada (1189-1191), que se valió de ejércitos que partían de una base próxima mediterránea (Alejandría), y también la cuarta, porque aunque se apartó de su objetivo principal que estaba en los Santos Lugares, resulta interesante para nuestro estudio, porque el transporte de los cruzados se hizo por mar en naves venecianas, para desembocar en Constantinopla (1204) y fundar el imperio Latino. El cual no había de durar mucho, porque en 1261 fue sustituido por el imperio Griego, restaurado por Miguel Paleólogo con el apoyo de los genoveses. Este último, que duró hasta la toma de Constantinopla por los turcos en 1453, comprendía el espacio europeo que se extiende entre los Balcanes y los mares Adriático, Mediterráneo y Negro, más las costas de Asia Menor. Es decir, una reducida parte del ámbito mediterráneo. En resumen: podemos decir que el fracaso de las Cruzadas dejó firme en el Oriente mediterráneo el poderío turco, que aún había de durar muchos años.

2.º *La rivalidad de las ciudades libres italianas* (1216-1404)

En la complicada historia italiana, durante los siglos XIII y XIV, sobresalen dos Estados entre los muchos en que se descomponía el suelo italiano: Venecia y Génova, cuya rivalidad reconocía como causa fundamental el comercio con Oriente, anhelado por ambos. La terminación de las Cruzadas vino a reavivar sus querellas, porque el imperio Latino, hechura de Venecia, había dado a ésta los puertos de los mares Egeo, Mármara y Negro para poder comerciar en Oriente, mientras que al restablecer Miguel VIII Paleólogo el imperio Griego con ayuda de los genoveses, pasaba a éstos la hegemonía comercial en aquellos mares. La lucha fue larga, pues duró hasta 1404, en que Venecia salió triunfante.

Este episodio de la vida italiana podría mirarse como un intento

de hegemonía mediterránea si no fuera porque en aquella pugna entraron otras ciudades italianas, aunque transitoriamente, como Pisa y Ragusa, y más bien cabe calificarlo de resurgimiento del espíritu de las colonias comerciales fenicias, porque en todo ello no aparecía más que el deseo de comerciar, sin utilizar su potencia marítima más que para afirmar sus posiciones frente a la competencia de otras ciudades rivales.

3.º *Antagonismo del reino de Aragón con la casa de Anjou (siglos XIII-XIV)*

Nápoles y Sicilia, feudos de la Santa Sede, estaban regidos por la casa de Suabia, hasta que Federico II fue depuesto y excomulgado por el Papá. El eje Imperio-Papado, que se había sostenido en el siglo X, se rompió en el XI con la guerra de las Investiduras y con las luchas entre güelfos y gibelinos y, al quebrarse aquella armonía sin que el imperio Germánico de Federico pudiera asentarse en el Mediterráneo, se creó un vacío geopolítico en Italia que, como un área de bajas presiones, determinó un período de inestabilidad política y una zona de atracción de otras potencias. Allí fue atraído el núcleo provenzal que comenzó a actuar con Carlos de Anjou, hermano de San Luis el rey de Francia, dando ayuda al partido güelfo de los Papas. Esta política angevina había de enfrentarse fatalmente con la política de Jaime I de Aragón, el conquistador de Mallorca. En primer lugar, porque éste necesitaba la expansión marítima para mantener abiertas al comercio las rutas mediterráneas, y libres de piratas las costas del reino.

Otra concausa de la rivalidad fue el hecho de haber emparentado Pedro III de Aragón, hijo de Jaime I, con la casa de Suabia, lo que matizó el espíritu aragonés de tinte gibelino, opuesto al provenzal que militaba con los güelfos papales, y así surgieron dos núcleos de fuerzas antagónicas: Nápoles, bajo el signo franco-pontificio, y Sicilia, ocupada por Pedro III de Aragón en 1282, que había de ser el origen de la presencia española en Italia durante varios siglos.

En esta situación, la posición estratégica de Aragón resultaba desventajosa, porque Jaime de Mallorca, hermano de Pedro III,

tenía las Baleares, el Rosellón y la Cerdeña y era aliado de Francia, con lo cual, no sólo le faltaba a Aragón el apoyo de las Baleares en el mar, sino que el Rosellón y la Cerdeña representaban una grave amenaza en su frontera catalana. Sin embargo, dos victorias aragonesas cambiaron la inclinación de la balanza en esta parte: la victoria de Roger de Lauria por mar frente a Palamós y la del propio rey Pedro al frente de sus almogávares, por tierra, en el collado de Panisars. Esto trajo como consecuencia que la posición catalano-aragonesa se afirmara también en Sicilia al comienzo del siglo xiv, permitiéndole el control de las rutas del Mediterráneo central. Luego, a medida que progresaba la reconquista de España y se fortalecía Aragón, la expansión aragonesa iba ganando terreno hacia Oriente, afirmando su dominio sobre el Mediterráneo. En una fase que duró hasta mitad del siglo xiv, se limitó a establecer unos cuantos puntos de apoyo jalando las rutas mediterráneas, como siglos más tarde lo había de hacer Gran Bretaña para asegurar la «ruta roja» que enlazaba las diversas partes de su imperio.

Luego se pasó a una política de unidad e imperio mediterráneo, comenzando por reincorporar a la Corona las islas Baleares, el Rosellón y la Cerdeña, y consolidar la conquista de la isla de Cerdeña y, durante el reinado de Jaime II, hijo de Pedro III, como culminación de este auge, se integraron en los dominios reales los ducados de Atenas y Neopatria, mediante la épica aventura de los almogávares acaudillados por Roger de Flor, que habían acudido a la llamada del emperador de Constantinopla, Andrónico II Paleólogo, para conjurar la amenaza turca sobre su imperio.

Este fue, por lo tanto, el momento en que el espacio mediterráneo estuvo más cerca de la idea imperial después de la desaparición del imperio romano. El Mediterráneo occidental quedó dominado durante tres siglos por Aragón, gracias al eje Baleares-Cerdeña-Sicilia, aprovechado por la poderosa flota aragonesa, lo que haría decir hiperbólicamente que «los peces, en esta parte del Mediterráneo, habían de llevar en sus lomos las barras de Aragón para moverse en él»; pero, en cambio, los territorios de Oriente no pudieron ser mantenidos más allá de un decenio, porque a la marina le faltaban puntos de apoyo. Los eslabones de la cadena de islas que enpezaba en las Baleares, tenían continuidad en el Mediterráneo occidental por Cerdeña, Sicilia, Malta, Gozo y Gelbes, pero se interrumpía en el Mediterráneo oriental sin enlace adecuado hasta Chipre. Por eso, los movimientos

de las fuerzas terrestres no podían contar con un apoyo efectivo de la marina.

4.º *Edad Moderna.—Política europea de Carlos I de España y de Felipe II (1517-1598)*

En el siglo xv el Mediterráneo se convierte en una frontera muerta espacial entre los países ribereños, olvidando las fases anteriores de vida común mediterránea en la que la mayoría de los países vivían al amparo de los pueblos más fuertes, que habían impuesto su hegemonía, y así se llega al siglo xvi en el que España se ve solicitada entre la vocación africana, derivada del testamento de Isabel la Católica, y la tendencia europea que exigía la defensa de un gran imperio. Las expediciones a Africa, iniciadas en 1505 por Cisneros, no dieron el fruto apetecido, por el recelo de Francia que no podía ver tranquilamente una solidaridad mediterránea bajo la hegemonía de España. Esta necesitaba hacer grandes esfuerzos de manera permanente para contrarrestar la política de Francia y mantener su vasto imperio en Europa. Al mismo tiempo, el brillo de las riquezas de América era un señuelo que se llevaba otra parte de las energías de nuestra patria.

Años más tarde, España, con la política expansiva y europea de Carlos I, había de chocar nuevamente con el poderío francés, no solamente en Italia, como en el siglo xiii, sino en toda Europa, con lo que salía favorecido el común enemigo: el turco. Baste recordar que, con respecto a las cuatro guerras sostenidas contra Francia entre 1521 y 1544, esta nación estuvo aliada con Solimán el Magnífico en las dos últimas.

La liga Santa.—Lepanto

En la compleja política mediterránea de este siglo xvi, caracterizado especialmente por las luchas religiosas, Felipe II fue considerado como «el brazo armado del Catolicismo» frente a protestantes y musulmanes. Dentro de esta tónica, una de las cuestiones más importantes fue la rivalidad entre España y Turquía, fundamentalmente antagónicas en el aspecto religioso. La primera preponderante en Occidente y la segunda en Oriente. La lucha resultaba inevitable por

la necesidad que España tenía de defender, no sólo las costas de su territorio peninsular, sino las de sus territorios de Italia, Baleares y Berbería, y por eso resulta lógico que Túnez, situado en el Mediterráneo central resultara una zona de fricción entre ellas y que sus armas chocaran en el litoral comprendido entre Bizerta y Tripolitania.

Los desmanes de los hermanos Horuc y Khairedin «Barbarroja» en tiempos de Carlos I se continuaron y llegaron a tomar tal incremento, que se hizo precisa la unión de las fuerzas mediterráneas para abatir el poder de los turcos invasores de este mar. Así, cuando decidieron apoderarse de Chipre, que estaba en poder de los venecianos, se formó la Liga Santa por mediación de San Pío V, a quien se unieron Venecia, Génova y España, consiguiendo la victoria de Lepanto en 1571. Pero aquella alianza que comenzó como una empresa mediterránea, contando con la bendición del Papa, se quebró sin llegar a su meta que era el abatimiento del poderío turco; esto había de tardar en llegar, pero de momento, la piratería turca dejó de sentirse en el Mediterráneo occidental.

Para cerrar este bosquejo histórico del Mediterráneo hemos de señalar todavía dos hechos importantes que nos darán ya la actual fisonomía de este mar y servirán de base para las consideraciones geopolíticas que hemos de hacer: uno, la decadencia turca, y el otro, el paso del poderío británico por el Mediterráneo y su posterior decadencia.

Decadencia turca.—Independencia de los Estados balcánicos

La amenaza turca pesó sobre Europa durante los siglos xv y xvi, desde la toma de Constantinopla en 1453 hasta 1526 en que la suerte de Solimán el Magnífico llega a la cúspide con su victoria de Mohacs frente a Luis de Hungría, pero es para decaer en seguida ante la resistencia de Viena al sitio que le había puesto. A partir de ese momento, se eclipsa la estrella de Solimán y empieza a contraerse el área de ocupación turca, tanto en Europa como en Asia y en Africa; al principio de una manera lenta, a causa del apoyo que prestaron a Turquía las grandes potencias europeas, que preferían ver en el Mediterráneo al débil manejable imperio turco, que ya estaba allí, y no al poderoso imperio de los zares que trataba de penetrar en la vida mediterránea.

A pesar de ello, en la Conferencia de Londres, que ponía fin al pleito de la insurrección griega contra Turquía, se restauró Grecia con Morea, Beocia y Eubea, a costa de Turquía; por el Tratado de San Estéfano de 1878 que siguió a la guerra ruso-turca, Rumania, Servia y Bulgaria, quedaban libres de la dependencia turca, y por el Tratado de Berlín del mismo año, las provincias turcas de Bosnia y Herzegovina pasaban a ser un protectorado de Austria-Hungría. Como se ve, en todos estos recortes del imperio turco no había ventajas para Rusia.

Pero acaso los golpes más fuertes fueron los que recibió en la segunda década de nuestro siglo: en su guerra con Italia en 1911, perdió en Africa, Tripolitania y Cirenaica, y como resultado de la guerra balcánica de 1912-13, en la que fue derrotada por todos los países balcánicos aliados contra ella, quedó reducida en Europa a un hinterland de unos 24.000 kilómetros cuadrados alrededor de Constantinopla. Por último, tras la Primera Guerra Mundial, en la que había formado en las filas del derrotado bando de los Imperios Centrales, fue condenada por el Tratado de Lausana de 1923 a pérdidas territoriales en Asia, que la dejaron reducida a su actual extensión.

Presencia inglesa en el Mediterráneo

Inglaterra, asentada en sus islas como centro del imperio británico, y extendido éste por toda la superficie del mundo, tuvo que crear un fuerte poder naval para conseguir el dominio de los mares; pero la flota a su vez había de apoyarse en bases terrestres porque la autonomía de los buques de carbón no les permitía grandes radios de acción. Un rosario de bases distribuidas lógicamente y eficazmente, permitía que la «Unión Jack» hiciera acto de presencia en cualquier parte del mundo, enarbolada en los buques de Su Majestad, porque éstos podían tocar siempre tierra inglesa en cualquier ruta del imperio.

En primer lugar, se trató de enlazar con la metrópoli los establecimientos llamados «escalas de Levante», en el Mediterráneo oriental, y la constitución de las primeras bases comienza con el vergonzoso acto de ocupación de Gibraltar y Menorca en 1703, para continuar avanzando luego sus jalones hacia el Este; sigue la isla de Malta, cedida en 1530 por Sicilia a los caballeros de Rodas, para ser ocu-

pada por Napoleón en 1798 y finalmente caer en manos de Inglaterra en 1800. Esta isla fue para los ingleses un centinela que presidía el Mediterráneo desde una posición central, vigilando el paso de una a otra cuenca de este mar. Desde 1964 ha pasado a ser el Estado independiente número 34 de Europa. Por último, le tocó a Chipre, ante la costa del Levante mediterráneo, en posición dominante sobre las «escalas». Cedida por Turquía a Inglaterra en 1878 como potencia administradora, vino a completar la cadena de bases. Pero al abrirse el canal de Suez, se amplió el rosario de ellas, con miras al enlace con la India y Extremo Oriente: la de Alejandría en Egipto, Aden en Arabia, Trincomale en Ceilán y Singapur en Malaca, y aún se ampliaron más para dar la vuelta al mundo por la «ruta roja». El Mediterráneo formaba así parte del mecanismo que había de asegurar el imperio británico, pero no constituía un imperio.

Todo esto corresponde al período histórico conocido por «Pax británica», que abarca la centuria comprendida entre la derrota de Napoleón en Waterloo y la Primera Guerra Mundial. En todo este tiempo, Gran Bretaña contemplaba y manejaba a Europa continental desde su posición insular buscando su seguridad en la vieja fórmula del equilibrio político, así llamado desde 1648 porque establecía por medio de la diplomacia un equilibrio entre los poderes de dos grupos de naciones continentales que, por el mutuo temor, se respetaban entre sí.

Después de la Primera Guerra Mundial, comienza a declinar este poderío de la Gran Bretaña para dar paso a otra nación más joven: los Estados Unidos de América.

«Pax americana»

En época reciente, los Estados Unidos comenzaron con una política de aislamiento análoga a la de Gran Bretaña, pero limitando su horizonte a América, hasta que la Primera Guerra Mundial les hizo comprender que si Europa llegaba a ser controlada por una potencia agresiva y no amiga, los Estados Unidos tendrían ante sí una situación de peligro. Para conseguir una mayor seguridad tuvieron que ampliar sus horizontes interviniendo en las dos Guerras Mundiales y así se pasó del período de «Pax británica» al de «Pax americana».

Los norteamericanos, herederos de la política mundial británica,

no han podido seguir manteniendo el equilibrio entre las naciones por la fórmula británica, porque ya no bastaba la modesta «balanza de poderes» entre unas pocas potencias europeas. Ahora habían de entrar en juego otras importantes fuerzas extraeuropeas y por eso, la solución que se arbitró fue la del Pacto del Atlántico, que ya ha quedado pequeña por tratarse de una organización fundamentalmente defensiva europea, aunque participen en ella países que no lo son, como Estados Unidos y Canadá.

La crisis de este Pacto se debe, en primer lugar, al renacimiento de Europa, que ya no es la Europa sin pulso de 1948, sino que en ella aparecen tendencias hacia una Europa occidental fuerte y unida que trata de acrecentar su independencia de los Estados Unidos, tomando un rango semejante al de esta nación y de la U. R. S. S. El predominio norteamericano de los años 40 y 50 de esta centuria se discute actualmente porque el equilibrio de las potencias que forman el mundo occidental está experimentando un cambio para una nueva acomodación.

Las circunstancias exteriores al Pacto también han variado notablemente al producirse varios acontecimientos de gran importancia: el derrumbamiento del «mito atómico» cuando la U. R. S. S. entró en posesión del secreto de la bomba atómica; la aspiración de la China comunista al rango de gran potencia atómica; la tensión ruso-china y la reacción de los pueblos africanos contra el colonialismo.

EL MOMENTO GEOPOLÍTICO ACTUAL

Antes de la Segunda Guerra Mundial, el problema geopolítico que, de una manera general tenía planteado el mundo, provenía de una gran potencia, Alemania, situada en el corazón de Europa, desde donde trataba de poner en práctica la teoría del espacio vital en tres etapas progresivas que correspondían a otros tantos conceptos geopolíticos: el «Deutschland» (recuperación de las fronteras históricas); el «Deutschtum» (alcanzar las fronteras lingüísticas), y el «Lebensraum» (el espacio vital para la gran masa del pueblo germano). En este empeño alemán, las potencias del eje Berlín-Roma, chocaron con Francia y los países anglosajones, obteniendo sobre éstos un espectacular éxito inicial, que en su culminación llegó a la dominación

de una gran extensión del continente europeo y parte del norte de Africa.

El Mediterráneo quedaba incluido dentro de esta área de ocupación, pero en forma muy incompleta, porque los dos accesos a este mar estaban fuera del dominio de las potencias del Eje; eso fue lo que permitió a los anglosajones moverse con cierta libertad para apoyar por mar las operaciones terrestres que habían de conducir a la expulsión de las fuerzas germano-italianas del continente africano y, a continuación, utilizar la costa africana como base para las operaciones de asalto a la fortaleza europea por su frente Sur.

Terminada la guerra, al escindirse el mundo en dos bandos, occidental y oriental, el problema geopolítico de las fuerzas en presencia, tomó un nuevo aspecto, que con el transcurso de los años se ha ido complicando. Si queremos analizarlo hemos de partir de la teoría de Mackinder, que hoy sigue vigente en sus líneas generales. Como recordatorio de ella bastará mirar el croquis número 2, al cual nos referiremos.

La U. R. S. S. constituye el «país pivote», con grandes espacios a su disposición y la ventaja de operar por líneas interiores en forma radial. La posibilidad de moverse por tierra dentro de la propia Rusia existe, no sólo por sus carreteras y ferrocarriles, sino mediante una red acuática de ríos y canales que ponen en comunicación el centro de la U. R. S. S. con todos los mares circundantes. Esto ha dado lugar a que el americano Kerner llame a Moscú «el puerto de los siete mares»: Báltico, Blanco y Kara, por el Norte y Azof, Negro, Caspio y Aral, por el Sur.

No menos interesantes son sus posibilidades en el aire, porque la U. R. S. S., que hoy tiene hechas escasas concesiones de líneas aéreas extranjeras, puede ser encrucijada aérea en el futuro. Así lo prueba la ruta Londres-Moscú-Nueva Delhi, servida por la «Air India», que hace el recorrido total en once horas, contra las trece que invierten los aparatos ingleses que van por el Oriente Medio. Si se llegara a establecer la línea Londres-Tokio por Moscú, se ahorrarían más de 5.000 kilómetros en relación con la vía del Oriente Medio y aún 2.280 kilómetros respecto a la ruta polar. También habría economía de 1.600 kilómetros en la línea Londres-Australia volando sobre Moscú.

La U. R. S. S., con su imperio asiático, constituye hoy el «heart-

land» o «país corazón», que es como una fortaleza defendida por el Océano Glacial Artico al Norte, el Pacífico al Este y la cadenas montañosas que van por el Sur hasta el Cáucaso. El Oeste, que corresponde al frente europeo, constituye la gola de esa fortaleza.

Pero ha surgido en Asia una nueva potencia: la China comunista, cuyas relaciones con la Unión Soviética habrá que tener en cuenta en todo momento, porque si la U. R. S. S. y China, que tienen una base común en la idea comunista, llegaran a un total entendimiento, el conjunto llegaría a ser tan fuerte, que nada podría detener la formación de una cosmocracia que dominara el mundo. La simple política de aproximación entre Pekín y Moscú habría de pesar mucho en el ambiente internacional, y pronto se crearían las condiciones favorables a una tensión como la que caracterizó la guerra fría en sus momentos más agudos.

Pero es precisamente el credo comunista, en su forma de concebirlo y en los métodos de propagación, lo que ha producido grandes diferencias entre los dos colosos, aparte de otros importantes factores, distintos de los ideológicos, que influyen en sus relaciones. Ambos países quieren ejercer la hegemonía en el campo del comunismo y eso ha de hacer que sus esfuerzos sean en cierto modo divergentes. ¿Podrá el odio a los países capitalistas borrar en un momento determinado sus diferencias para lanzarse juntos contra Occidente, aunque luego se destrozaran entre sí?

Fundamentalmente hay notas diferenciales entre ellos: el comunismo ruso se ha basado desde el principio en los sindicatos de obreros de la industria, o sea, más en el martillo que en la hoz, mientras que el chino nació de las cooperativas de los campesinos y sus comunas, de las que tan orgulloso se siente Mao-tse Tung, o sea, que está basado en la hoz. Además, el chino ha sido siempre xenófobo y en toda ocasión ha de ver al ruso como un extraño de raza blanca; como el enemigo de la guerra de los boxers y como heredero del zarismo con el que tiene todavía importantes deudas que saldar en Asia.

Por otra parte, entra en lo posible que China considere acertada la idea de Mackinder de que «quien controle el heartland dominará la isla mundial», tratando de constituir este heartland con su propio territorio y Siberia. En tal caso, apenas si tienen importancia las cuatro reivindicaciones que alega China en Asia ante la U. R. S. S., como

no sea para mejorar sus posiciones estratégicas antes de lanzarse a la conquista de aquella gran meta (1).

Para contrarrestar la expansión comunista se arbitró por los occidentales el cerco de estos países dentro de los frentes marítimos del Atlántico, el Mediterráneo, el Indico y el Pacífico, en cuyos mares tienen preponderancia con sus escuadras. El desarrollo de esta idea se intentó por medio del Pacto del Atlántico, pero pronto hubo que prolongar su campo de acción hacia el Este por los pactos llamados de Bagdad y de la S. E. A. T. O. Hoy se ve que el primero resulta insuficiente y los otros ineficaces.

Para aflojar la presión de este inmenso cerco, las potencias comunistas tratan de desalojar a los occidentales de las bases que han establecido en su contorno para darle solidez, y así han desaparecido de hecho las de Marruecos, Argelia, Túnez y Egipto, y están en trance de desaparecer las de Libia.

Además cuentan con dos posibles zonas de ruptura, aunque no coordinadas entre sí: una en el sureste asiático, como zona de acción china, y otra en el Oriente Medio a cargo de la U. R. S. S. En esta parte hubiera sido una excelente medida por parte de los occidentales ganarse la voluntad de los países árabes, pero la historia se ha ido desarrollando en tal forma que ha creado entre ellos un foso cada vez más profundo.

En esta situación ha venido a sumarse un nuevo factor: el de la llamada «tercera fuerza». ¿Qué cabe esperar de los países que la integran? Vamos a analizarla. Esta denominación corresponde al conjunto de los países «neutralistas» o «no alineados» que, teóricamente, pretenden ser espectadores de la lucha entre Oriente y Occidente. Pero, en primer lugar, no hay unidad entre todos los que tratan de fundar su política en tal idea porque Francia, que es uno de ellos, aspira con su presidente De Gaulle a un papel de primer actor en Europa, lo mismo que en la época de Francisco I o en la de Napoleón. No solamente quiere ser cabeza visible de una coalición europea libre de la dependencia sumisa a Estados Unidos, sino que trata de extender su influencia más allá de Europa. Otro es Egipto, personificado en Nasser, que desde su posición a caballo sobre dos con-

(1) Véase el artículo «Las luchas entre Oriente y Occidente en el espacio euroasiático», publicado en el n.º 16 de esta Revista (pág. 149), año 1964.

tinentes, pretende ser el guía de toda acción que hayan de llevar a cabo los países afroasiáticos neutralistas.

Por otra parte, las acciones realizadas en muchos casos por los países neutralistas no encajan dentro de una condición neutral, ya que unas veces interfieren la política de otros países, como ocurre en Africa, o bien trabajan en pro de la desaparición de las bases occidentales que jalonan el Mediterráneo, con lo que favorecen al bloque comunista.

Mas para que esta tercera fuerza pueda ser eficaz ha de ser a la vez activa y aglutinante, ya que si se trata de eludir el dilema Oriente-Occidente, sólo podrá hacerlo si da pruebas de sus posibilidades de unión para obtener una fuerza capaz de poner respeto a cualquiera que intente atacar a uno de sus miembros. Si no es más que una postura idealista o un modo de evasión como el del avestruz, la realidad se encargará de hacerle ver la ineficacia de su postura al sufrir la presión de las dos grandes fuerzas litigantes. Hasta ahora no se ha visto cohesión entre los países neutralistas y, por tanto, no cabe esperar grandes cosas de estos países ante un ataque comunista.

Vamos a ver la repercusión de lo expuesto en el ámbito mediterráneo.

La idea antigua de que los problemas que enfrentaban a las naciones habrían de resolverse en los históricos campos de batalla europeos con un solo frente atlántico, gira hacia la posibilidad de otros dos nuevos frentes: el Pacífico, donde los Estados Unidos tratan de contener la expansión de la China comunista, y el Mediterráneo, donde aparece como posible el nuevo frente africano con un mundo lleno de incógnitas por la virulencia de las pasiones de pueblos insuficientemente preparados para regir sus destinos; donde el concepto de tribu no puede transformarse fácilmente en el de nación y donde las influencias exteriores son capaces de hacerles tomar giros insospechados.

Concretándonos, pues, al Mediterráneo, vemos tres zonas vitales para Europa en relación con los tres frentes generales enunciados: el estrecho de Gibraltar, puerta del Atlántico; el Oriente Medio, puente de paso entre Oriente y Occidente, y el norte africano.

La puerta del Mediterráneo occidental (croquis núm. 3)

La entrada a la cuenca occidental mediterránea desde el Atlántico está determinada por el estrecho de Gibraltar, que separa dos masas terrestres, cuyo conjunto forma un área estratégica: por el Norte se halla la península Ibérica, que en cierto modo queda separada del continente europeo por los Pirineos. Por el Sur está Marruecos, aislado del resto de Africa por la cuenca del Atlas y el desierto de Sahara, sin más unión clara con el resto del continente que por el Oranesado, paso natural por donde en el transcurso de los tiempos llegaron las invasiones púnicas, romanas y árabes. En esta parte destaca claramente el pasillo de Taza, que permite relacionar Marruecos con Argelia, enlazando la cuenca atlántica del Sebú con la mediterránea del Muluya. Es decir, que la península Ibérica y Marruecos son dos cabezas de puente inversas sobre los continentes europeo y africano respectivamente; pero su conjunto forma un sistema tal, que el que lo posea dominará la comunicación terrestre que en el sentido Norte-Sur o viceversa, trate de establecerse para relacionar ambos continentes y, en el aspecto naval, quien domine las dos orillas podrá contar con el enlace Atlántico-Mediterráneo, impidiéndoselo al enemigo.

La pérdida del estrecho determinaría que, tanto las islas mediterráneas que no hubiesen caído en poder del enemigo, como las posiciones que se mantuvieran en las penínsulas Apenina y Balcánica, carecieran de importancia estratégica por tratarse de posiciones aisladas. Los occidentales dejarían de tener el control del Mediterráneo porque su flota habría tenido que evacuarlo.

Un hecho histórico que confirma esta idea lo tenemos en el desembarco anglosajón llevado a cabo en el norte de Africa en noviembre de 1942, conocido por «operación Antorcha». Durante su preparación se tardó en llegar a un acuerdo entre ingleses y norteamericanos, porque aquéllos consideraban de importancia vital la conquista de Argelia. Argel, en este territorio, era la base que les había de permitir la acción hacia Bizerta en Túnez y ésta, a su vez, era necesaria para el asalto posterior a Italia. Los norteamericanos, en cambio, argumentaban que había que contar con una base permanente y segura en el norte de Africa y sólo admitían en un principio el desembarco en Casablanca, que contaba con la posibilidad de un amplio haz

de comunicaciones atlánticas, mientras que los puertos mediterráneos, aunque seguros desde el punto de vista marítimo, no tenían más que una línea de comunicación estrangulada en el estrecho de Gibraltar que corría el grave riesgo de ser allí cortada. Por fin cedieron admitiendo el desembarco en Orán, porque sólo distaba de Casablanca unas 300 millas por tierra y podían enlazarse por el pasillo de Taza. De esta manera se podía contar con el territorio de Marruecos, dotado de puertos atlánticos libres de la servidumbre del estrecho, y con amplitud suficiente para constituir en todo el país una base de aprovisionamiento y refuerzos para Argelia y Túnez en la medida que fuese necesaria. Por todo esto, en definitiva, fueron los ingleses los que actuaron en el desembarco de Argel, si bien se les afectó un grupo de tropas norteamericanas, como medida política, por entender que éstas serían mejor recibidas por los franceses.

Las mismas razones que dan importancia atlántico-mediterránea a Marruecos, pueden invocarse para España y Portugal como conjunto ibérico. Por su calidad de naciones atlánticas, continuarían teniendo valor aún en el caso de que el enemigo controlara alguna porción del norte de la península, porque podría contarse con puertos atlánticos para recibir refuerzos y abastecimientos y al mismo tiempo habría posibilidad de que las fuerzas terrestres mantuvieran su acción en una parte de las costas mediterráneas, asegurando así las costas del estrecho. Esta es una prueba más de la ceguera y la pasión política que movieron a excluir a España del Pacto del Atlántico, creado para la defensa de Europa, mientras se incluía a Italia, Grecia y Turquía, encerradas en el saco mediterráneo.

Próximo y Medio Oriente

La palabra Oriente es un concepto de relación que para los europeos se refiere al Asia, pero, por su excesiva amplitud, encierra vaguedad y ha habido necesidad de una mayor concreción según el grado de lejanía que en cada caso nos interese considerar; la dificultad estriba en señalar los países que integran cada uno de esos conceptos relativos de lejanía. Para ello hay que emplear un criterio geográfico.

El *Próximo Oriente* ha de ser lógicamente la zona donde empieza el contacto de los pueblos orientales con Europa, y podemos formarlo con el Asia Menor, el Levante mediterráneo y el valle del Nilo. Por

tanto, incluiremos en él a Turquía, Siria, Líbano, Israel, Jordania y Egipto, que sienten la influencia mediterránea y pueden comunicarse fácilmente entre sí.

En el *Oriente Medio* incluiremos tierras más orientales, con la nota común de predominio de desiertos. Su núcleo principal lo constituye la meseta del Irán, que tiene un reborde montañoso por el Oeste, accidentando la región de Zagros; Mesopotamia, dominada por dicha región, sirve de glasis a la meseta iraníana, formando con ella un conjunto. Los nómadas fronterizos pasan una parte del año en Irán y otra en Irak.

Por su naturaleza desértica hay que agregar a este conjunto, como un apéndice, la península árabe y, por tanto, en el Oriente Medio incluiremos Irán, Irak, Arabia Saudita, Yemen y los protectorados y dependencias británicas de esta región.

Siguen luego, con la simple denominación de *Oriente*, los países que se extienden desde Afganistán por Pakistán y la India hasta la federación de Malasia y, por último, se aplica la denominación de *Lejano o Extremo Oriente* a China, Japón y las costas orientales de Siberia.

En abono de esta distribución geográfica del Próximo y Medio Oriente está, como argumento de autoridad, el criterio que siguieron los ingleses para organizar esta zona durante la Segunda Guerra Mundial. En julio de 1942 tuvieron un mando, llamado del Próximo Oriente, para el conjunto Egipto, Palestina y Siria, con centro en El Cairo, y otro, del Oriente Medio, para Persia e Irak, con centro en Basora y Bagdad.

Hasta aquí el aspecto geográfico de esta región del Oriente mediterráneo. Ahora veremos el aspecto histórico actual en el que descuellan dos fenómenos principales: el político, con el hecho de la Liga Árabe, y el económico, relativo al petróleo.

La Liga árabe

Sus fines

Esta se constituyó en 1945 con cuatro países considerados soberanos: Egipto, Irak, Arabia Saudita y Yemen, y tres semisoberanos: Libia, Siria y Transjordania. En 1950 ingresó el Sudán y en 1952

Libia. Actualmente se elevan a 13 Estados por haber ingresado Marruecos, Argelia, Túnez y Kuwait.

Los propósitos de la Liga, de la que Nasser es su paladín, son la salvaguardia de los intereses de los países árabes, pero en realidad rebasan los límites de lo árabe para entrar en el ámbito musulmán, ya que sus aspiraciones abarcan a todos los países comprendidos en una faja territorial continua que se extiende desde Marruecos por el Oeste hasta el Pakistán por el Este, llegando por el Sur a Zanzíbar. Hay que tener en cuenta que por el Oeste termina lo árabe en Libia, donde la región de Cirenaica es todavía árabe, pero en Tripolitania ya predominan los elementos hamítico y bereber.

Además, dentro de ella, aunque existen factores que tienden a unir sus diversos miembros, hay otros disgregadores, más fuertes, aparte de las dificultades financieras y los egoísmos nacionales. Por ser muy interesantes desde el punto de vista geopolítico, los analizaremos con algún detalle.

Entre los factores disgregadores tenemos:

I. Los celos hacia Nasser de los países monárquicos

De una manera general, los cinco miembros monárquicos tienen una prevención hacia Nasser, ardiente republicano que derrocó la monarquía en Egipto y que considera más fácil someter a su hegemonía los países republicanos que aquellos regidos por una dinastía. Además existen motivos particulares: en el Yemen se sostiene más o menos latente una guerra apoyada por los egipcios contra el imán. Arabia Saudí teme a unas posibles intrigas en su país como las de Bagdad y Sanaa. Marruecos recuerda el apoyo dado por Egipto a Argelia en la lucha fronteriza que tuvo con este país. Libia tiene recientes las intrigas que hicieron tambalearse a la dinastía Idris cuando Nasser trató de atraer el país a la órbita egipcia y expulsar de allí a los occidentales. Por último, tenemos a Jordania, cuyo fallecido rey Abdullah aspiraba a formar la Gran Siria, sin que llegara a realizarlo por haber sido asesinado en 1951. Aquella idea estaba en pugna con las ambiciones de Nasser que había empezado por absorber a Siria en la R. A. U. Cuando nuevamente se separaron en 1956, el actual rey de Jordania reconoció a Siria como Estado otra vez independiente, llegándose a la suspensión de relaciones diplomáticas entre Jordania y Egipto.

II. *El Pacto de Bagdad (C. E. N. T. O)*

En 1951, la Liga había rechazado el Pacto del Próximo Oriente que los Estados Unidos, juntos con Inglaterra y Francia, habían ofrecido apoyar. Los Estados de la Liga se declararon neutrales y pidieron que solamente se les garantizase su seguridad y se les facilitara armamento y ayuda económica. La respuesta occidental en 1955 fue la formación del Pacto de Bagdad entre Irak y Turquía, al que se unieron Inglaterra, Irán y Pakistán. Este pacto no podía satisfacer a Nasser porque contrariaba sus proyectos hegemónicos; tampoco a Siria, Arabia y Yemen, porque consideraban que había una ingerencia de Inglaterra en el seno de los países árabes, y fuera de la Liga, naturalmente desagradaba a la U. R. S. S. porque, a pesar de su título de pacto defensivo, era una prolongación por el Este del Pacto del Atlántico, para ampliar la acción de cerco iniciada frente al bloque comunista. Cuando Jordania trató de entrar en el pacto, los partidarios de la aproximación a Egipto provocaron disturbios que lo impidieron.

Debido en gran parte a que el apoyo de los Estados Unidos a este pacto no fue entusiasta, ha llevado una vida lánguida e incluso se ha ido desmembrando.

III. *La tendencia nacionalista del partido waaf*

Este fue el que se opuso en Siria a que continuara la unión con Egipto para formar la R. A. U., que era el primer paso dado por Nasser para lograr una serie de uniones más amplias dentro del Próximo y Medio Oriente. Por eso en 1961 se separaron nuevamente, a pesar de lo cual Egipto continúa con la significativa denominación de República Árabe Unida. Cuando en octubre de 1963 se anunció una alianza militar entre Siria e Irak, Nasser se apresuró a desaprobala.

¿Cuál es, por el contrario, el factor de polarización de los intereses árabes? El Estado de Israel, que es el enemigo común de todos los Estados árabes, al cual desearían éstos eliminar. La creación artificial de Israel el año 1948 en tierras habitadas por árabes, no se lo perdonan éstos a Occidente, ni tampoco la ayuda que le vienen prestando, la cual culminó en la intervención anglo-francesa junto a Israel contra Egipto en 1956.

Pero, aún dentro de este espíritu árabe común, ducrmen intereses encontrados, pues en el conflicto que en 1948-49 tuvieron con Israel los países de la Liga vecinos suyos (Transjordania, Egipto, Líbano y Siria), demostraron una falta de cohesión que se puso de manifiesto al cesar las hostilidades mediante armisticios particulares convenidos entre Israel y cada uno de los beligerantes árabes. Además Transjordania quedaba enfrentada con los demás, especialmente con Egipto, a causa de la porción de Palestina que había ocupado durante la guerra, lo cual permitió al país tomar el título de «reino hachemita del Jordán» o «Jordania».

Actualmente existe un enfrentamiento entre el Consejo de Palestina creado en Jordania y otro semejante de la R. A. U., porque ambos pretenden estudiar y resolver desde sus respectivos puntos de vista los problemas relativos a Palestina.

IV. *Las aguas del Jordán*

Un nuevo pleito ha venido a enturbiar más de lo que estaban las relaciones judío-árabes: la utilización de las aguas del Jordán. Este río recoge las aguas de diversas fuentes que brotan de la base del Hermon en las estribaciones de la anti-cordillera del Líbano, donde lindan entre sí los Estados de El Líbano, Israel y Siria. Se forma por la reunión del río Hasbani que nace en el manantial Ain Wazan libanés y el río Baniyas sirio; tras su confluencia en Israel se remansan en la región del lago Hule, hoy desecado, salta en raudales hasta el lago Tiberíades, y sigue por la árida depresión de El Ghor («el hoyo») hasta llegar al mar Muerto, adonde van a evaporarse las aguas del Jordán; el primer tercio de su recorrido, que tiene 32 kilómetros, va por Israel, donde recibe el Yarmuk, fronterizo entre Siria y Jordania; los 61 kilómetros que restan del río van hasta el mar Muerto por Jordania.

Israel, que tiene 21.000 kilómetros cuadrados de superficie, no cuenta más que con 1.776.000 habitantes de raza judía, aparte de 200.000 cristianos, musulmanes y drusos. Su población resulta a todas luces pequeña para enfrentarse con los países de la Liga Árabe; pero tiene zonas desérticas, como el Neguev en el Sur, donde podrían asentarse otros dos millones de judíos, si se consiguiera un aumento de productividad del suelo mediante el riego.

Aunque Israel buscó un acuerdo con los países árabes para la utilización de las aguas del Jordán, no se logró. Entre las soluciones propuestas había una del embajador norteamericano Jhonston, aceptada por Israel, pero que no satisfizo a los árabes. En esa fórmula, teniendo en cuenta el recorrido de las aguas por cada país, se asignaban 320 millones de metros cúbicos anuales a Israel; el resto quedaba para los árabes. De acuerdo con esta idea, Israel puso en práctica la toma de agua llevándola desde el lago Tiberiades, por conducción subterránea de 40 kilómetros, hasta Bersheba y desde allí por tubería se distribuirá por el desierto. El esfuerzo israelí en este sentido ha sido grande: de 16.000 Ha. en explotación en 1948, de las que sólo 3.000 eran regadío, se llegó en 1963 a 44.000 y 15.000 Ha. respectivamente.

¿Qué razones existen en contra de este proyecto por parte de los árabes? La razón que se aduce es el perjuicio económico que resulta para ellos. Es cierto que Jordania riega los espacios resecos de El Ghor con las aguas del Jordán, y si el caudal de éstas disminuye, al mezclarse en menor cantidad con las aguas del Yarmuk que tiene cierta salinidad, pueden perjudicarse tanto los cultivos como las tierras. Como réplica de los árabes a la iniciativa israelí, Jordania tiene prevista la construcción de la presa de Mojeiba sobre el Yarmuk, que al embalsar agua haría disminuir las del Jordán. El Líbano, por su parte, ha de desviar las aguas del Wazani que alimentan el Jordán en su comienzo, y el final de estos trabajos está previsto para 1966, interviniendo todos los países de la Liga en su financiación.

Pero la realidad es que sólo a Jordania puede perjudicar en el sentido económico el plan israelí, pues Egipto, que lleva la voz cantante en este pleito, está muy alejado del Jordán. La verdadera razón para este país es de orden militar, porque con el agua llevada al desierto de Neguev, se afianza la posición de Israel en Palestina y su potencial militar aumenta considerablemente al asentar allí otros dos millones de judíos.

Factor económico

Con el descubrimiento de América se desvió el interés del mundo hacia aquella parte, resultando entonces mínima la importancia de la región mediterránea. Pero la apertura del canal de Suez en el siglo pasado y el desarrollo de la aviación comercial en el presente, hicie-

ron renacer su importancia. Esta llegó al máximo con el descubrimiento y explotación de las zonas petrolíferas que han dado interés económico y militar a las zonas de explotación y puertos de exportación: Mosul y Kirkuk en el interior, Abadán y Bahrein en el golfo Pérsico, y Trípoli, Sidón y Haifa en el Mediterráneo.

Aún los Estados que tienen abundante petróleo en su territorio muestran su interés en esta parte del globo y centran la lucha alrededor de él tratando de ejercer una especie de colonialismo económico que permita un doble efecto: utilizar este petróleo para sus necesidades, guardando como una reserva segura el propio, y al mismo tiempo tratar de privar de él a un enemigo potencial.

Los primeros intereses extraños que aparecieron en estos territorios fueron los ingleses, tanto porque estaban en la ruta hacia la India, como por su importancia petrolífera, y los primeros rivales que se enfrentaron con ellos fueron los rusos, cuya rivalidad duró más de un siglo. Luego fueron los alemanes, que buscaron el camino hacia el Oriente Medio a través de Turquía e Irán, acometiendo la construcción del ferrocarril de Bagdad. El resultado adverso para éstos en las dos contiendas mundiales contuvo su expansión.

Al final de la Segunda Guerra Mundial han sido los Estados Unidos los que han entrado en esta zona de intereses petrolíferos y tras el grave conflicto del petróleo del Irán en 1951 se llegó a un consorcio internacional.

La aparición de petróleo en Libia en 1955 fue la causa inmediata de que Nasser dirigiese su interés hacia este país y presionara para que Gran Bretaña y Estados Unidos abandonaran las bases que allí habían instalado.

La U. R. S. S., por su parte, respalda y apoya hoy todas las acciones que se llevan a cabo por los árabes para desplazar a los occidentales de estas fuentes de riqueza.

El norte africano

Al hacer el estudio de tan amplia región no se puede prescindir de considerarla como una parte del continente negro, porque todo él atraviesa un período de agitación consiguiente a la fase histórica de emancipación y todos los países africanos se hallan sujetos a influencias e interferencias mutuas.

A pesar de la variedad de este continente de 30 millones de kilómetros cuadrados, existen en él grandes espacios que presentan entre sí muchas analogías, tanto por lo que se refiere al factor físico, como al humano y al económico. Esto nos permite hacer una compartimentación general de Africa en tres grandes zonas:

Zona septentrional

Se extiende de O. a E. entre el Océano Atlántico y el mar Rojo, y de N. a S. entre el Mediterráneo y el Sahara, con unos 43 millones de habitantes que profesan la religión musulmana.

En la teoría de Mackinder esta zona forma parte del «creciente interior marginal» formado por los países que rodean en forma más o menos inmediata al heartland (el imperio ruso) y por ello, según veremos, juega un importante papel en la Geoestrategia.

Zona central

Desde el Sahara hasta el sistema montañoso del sur de Africa. Es la principal, ya que contiene las dos terceras partes de la superficie del continente. La raza negra es la predominante en ella.

Zona meridional

Corresponde principalmente a la Unión Sudafricana. De los 15 millones de habitantes que pueblan ésta, más de dos millones son blancos con derechos seculares en estas tierras, donde ejercen notable predominio, por lo que se hallan enfrentados con el resto de Africa.

Si quisiéramos sintetizar estas zonas desigualándolas con sendos adjetivos, podríamos llamarlas Africa islámica, Africa negra y Africa blanca respectivamente, cada una con problemas propios, diferentes de los de las otras. No obstante, se pretende dar al continente una unidad y a tal efecto se ha constituido la «Organización para la unidad africana» (O. U. A.), cuya finalidad primera es la independencia de todos los países africanos y la ayuda mutua entre ellos para llegar a la unidad del continente. La primera reunión de esta organización tuvo lugar en mayo de 1964 en Addis Abeba, que es su sede; y la segunda se celebró en El Cairo en julio siguiente. La impresión obte-

nida de ellas es que, hoy por hoy, no parece que puedan esperarse grandes resultados, porque hay países que recelan de las ambiciones de algunos miembros que tratan de enfocar la unidad en provecho de sus planes políticos.

Efectos del colonialismo.

El actual estado del continente africano es, en parte, consecuencia del colonialismo. Fue la Segunda Guerra Mundial la que marcó el final de este fenómeno histórico. Por una parte, los Estados Unidos, con sus teorías propias sobre la libertad, dieron ánimos a los países colonizados para emanciparse sin que antes hubiera sido encauzada la energía que se iba a desatar. Por otro lado, la U. R. S. S., se hallaba enfrentada con los países que tenían imperios coloniales y trató de favorecer y alentar la rebeldía de las colonias desde el interior de ellas, para lograr dos grandes objetivos: ampliar la base en que se asentaba el comunismo y privar a sus posibles enemigos de una parte tan importante de su potencial militar (hombres y riquezas naturales). Luego entró China en el bando anticolonialista, porque había experimentado en su propio país el peso de los mandos coloniales.

Francia, con la creación de la Unión francesa e Inglaterra con la Commonwealth, trataron de paliar los efectos desfavorables de la descolonización, pero no pudieron evitar la marcha acelerada de este proceso y las grandes potencias coloniales, como Francia e Inglaterra, pasaron a un segundo plano, teniendo que colocarse en una postura defensiva, a fin de conservar en lo posible los beneficios que hasta entonces habían tenido. Las potencias anticolonialistas como Estados Unidos, la U. R. S. S. y China eran las más fuertes.

El primer país africano que alcanzó la independencia fue Egipto en 1922, y a éste siguieron en el norte de Africa, Libia, Túnez, Marruecos y por último Argelia.

Estos movimientos de independencia excitaron los espíritus de los demás pueblos africanos, incluso el de aquellos que estaban muy lejos de poder afrontar las posibilidades inherentes a unos Estados soberanos, como ha ocurrido en los pueblos del Africa negra.

El centro instigador de la política de los países norteafricanos se halla en El Cairo. Desde allí irradia su acción el nasserismo en tres

direcciones: una por el Próximo y Medio Oriente en la forma que ya hemos visto al tratar de estas regiones; otra, a lo largo de la costa norteafricana, y una tercera hacia el África negra. El nasserismo tiene dos cartas que jugar para la consecución de sus fines: la carta árabe, de la que se vale para lograr la hegemonía de los países norteafricanos, siendo la Liga Árabe el órgano adecuado para ello. Por este camino trata de conseguir la gran federación de los 12 países que se extienden desde el Atlántico hasta el golfo Pérsico, amén de algunos emiratos árabes. Ese «Gran Califato» que se pretende con capital en El Cairo, habría de englobar el «Gran Mogreb» (El Gran Occidente) integrado por Marruecos, Mauritania, Argelia, Túnez y la extensión sahariana. Esta creación mogrebina no representa un nuevo afán inédito hasta ahora, ya que la idea de un Mogreb unido arranca del siglo XVIII al comienzo del reinado de la dinastía de los chorfas alauitas de Marruecos. Tal propósito se atribuye a Muley Ismail el Grande, fundador de Mekinez, y hoy se trata de reactivarlo ampliándolo con Libia y Mali. Un conjunto de más de 20 millones de habitantes en una superficie diez veces superior a la de España; luego tratarían de revalorizar el desierto para dar asiento a una enorme población. Su principal paladín fue Ben Bella, cuando se encontraba al frente de los destinos de Argelia.

En 1958 se celebró en Tánger una conferencia entre Marruecos, Túnez y Argelia, cuando ésta no era todavía independiente, y ya se trató en ella de una progresiva integración económica, como primer paso para llegar al Gran Mogreb. En septiembre de 1964 se celebró otra reunión en Túnez, y hay nuevas conferencias en proyecto.

Indudablemente existen elementos comunes en estos países, tales como la religión, la cultura y la historia; pero el desarrollo de la idea no es sencillo. Como cuestión previa muy delicada, está la participación de Mauritania en la conferencia, debido a las apetencias marroquíes sobre este país y, como cuestiones de fondo, están las características políticas de cada uno de los países miembros de la conferencia: Marruecos, con su monarquía alauita, tradicional y evolutiva hacia un régimen liberal y democrático; Túnez, con su presidente Habib Burguiba, de tendencias occidentalistas, y por último Libia, con su rey Idris. Ninguno de ellos parece muy propicio para integrarse con Argelia, república popular, de carácter socialista. Lo mismo puede decirse de Mali.

Recordemos, que con anterioridad a este intento de integración,

se comenzó una lucha contra Hassan II de Marruecos a fin de debilitar la monarquía de este país en beneficio de Argelia, análogamente a lo que se había hecho con la monarquía del rey Faisal del Irak y como se trata de hacer con el imán del Yemen. Para ello sirvió de pretexto la frontera argelino-marroquí, mal definida desde los tiempos en que Argelia era una parte de Francia y, en cambio, Marruecos un protectorado francés, en cuyo momento histórico no había interés especial en delimitar estos países. El 15 de octubre de 1963 se produjo la agresión argelina contra Marruecos, a la que este país dio una respuesta adecuada. En esta empresa, Argelia contó con el apoyo de Egipto, pero Nasser tal vez vio la conveniencia de posponer esta cuestión a otras de mayor interés político y la tranquilidad volvió a esta frontera.

En cuanto a Libia, el problema era de mayor importancia porque allí existen grandes yacimientos de petróleo y se hallan presentes con sus bases militares ingleses y norteamericanos. Este problema lo abordó Nasser directamente presionando al anciano rey Idris, que estuvo a punto de abdicar, para que fueran canceladas las bases anglo-norteamericanas, a las que calificaba de últimos vestigios del imperialismo en el norte de Africa. Así, conseguía dos objetivos: alejar a los occidentales de las fuentes petrolíferas, y dar un golpe a su estrategia mediterránea mediante la eliminación de las bases militares que allí tenían.

GEOESTRATEGIA MEDITERRÁNEA

Peso del Próximo y Medio Oriente en la estrategia mediterránea

Hemos visto que el Mediterráneo, por sus características geográficas, constituye un amplio espacio estratégico que liga los tres antiguos continentes. Dentro de este espacio, el conjunto del Próximo y Medio Oriente, resulta una zona singular: en primer lugar, porque desde su posición central se pueden irradiar esfuerzos hacia Europa, Asia, o Africa, y eso la convierte en una puerta abierta a la invasión de Occidente desde Oriente. En esta encrucijada convergen las líneas geopolíticas que partiendo del corazón de Asia penetran hacia Occidente para llegar al Africa del Norte, a fin de envolver a Europa y dominar la «isla mundial» de Mackinder, y todo ello como fase previa para intentar el salto sobre América. Se trata,

por tanto, de una región virtualmente expuesta, no sólo al peligro del empuje chino, sino al del soviético, puesto que la U. R. S. S. va desplazando su potencial industrial hacia el centro de Asia, donde llegará a constituir un centro de gravedad.

En segundo lugar, esta «placa giratoria» del Oriente Medio tiene dos frentes marítimos: el Mediterráneo y el Indico, lo que favorece a las potencias navales, si bien con el inconveniente de que las comunicaciones entre ambos mares, y en general las que ligan Europa con Extremo Oriente y Australia, tienen una zona crítica de estrangulamiento en el canal de Suez prolongado por la grieta del mar Rojo.

Examinando las condiciones militares del Oriente Medio, se ve que las vías terrestres son de fácil construcción y entretenimiento a través de los desiertos y resultan muy vulnerables; el agua escasea y las variaciones de temperatura son grandes. En cambio, las rutas aéreas, aunque resultan muy vulnerables en su infraestructura, se hallan favorecidas por una topografía que permite instalar fácilmente aeródromos y tiene un clima adecuado para la acción aérea.

Se trata, en resumen, de un teatro de operaciones en el que la aviación ha de desempeñar un papel muy importante; las operaciones marítimas tendrán dificultades logísticas y las terrestres serán penosas.

En el orden político, la existencia y evolución de Israel puede encender un conflicto armado con la Liga Árabe, susceptible de complicaciones en el Mediterráneo, pero los árabes se han manifestado hasta ahora ineficaces incluso en los fines primordiales de la Liga: en la reclamación egipcia para que Gran Bretaña abandonara Egipto cuando este país era ya independiente, estuvo apoyado por los demás miembros de la Liga; pero en la crisis de Suez de 1956, Jordania, Arabia, Siria y Líbano, se desentendieron de la lucha e incluso, en el aspecto diplomático, Egipto y Siria rompían sus relaciones con Francia y Gran Bretaña, mientras que Arabia, Jordania e Irak sólo lo hacían con Francia y, por su parte, Líbano y Libia no hacían nada.

Recientemente se ha puesto de manifiesto una vez más la discrepancia de estos países al tratar de la ruptura de relaciones diplomáticas con la Alemania de Bonn, propuesta por Nasser a causa del intercambio de embajadores entre Bonn e Israel: Argelia comparte la idea de Nasser; Líbano propone que la ruptura sea circunstancial

y otros, como Marruecos, Túnez y Libia, no son partidarios del cese de relaciones diplomáticas.

El punto de vista comunista se refleja en la U. R. S. S., que ve con simpatía la política de la Liga y la apoya, habiéndose mostrado parte en la solución del conflicto de Suez en 1956; facilita armamento a algunos miembros de la Liga e incluso presta ayuda financiera como en el caso de Egipto para la construcción de la presa de Asuan. La ayuda militar prestada por la U. R. S. S. a los países árabes desde 1955 hasta mediados de 1964 se estima en 2.200 millones de dólares, siendo Egipto el que más ha recibido. Sin embargo, no está de acuerdo en la forma de llevar el pleito contra Israel, porque en este momento considera que debe negociarse y no actuar por la fuerza como pretende Nasser.

Vemos, pues, que se trata de una zona donde tienen puestas sus miras Oriente y Occidente, y en su espacio tratan las grandes potencias de mantener un *statu quo*, aunque con dificultad, pues no solamente existe una guerra potencial entre Israel y los países árabes, sino que hay dos zonas, Aden y Yemen, donde se mantiene la inquietud de dos guerras que pudiéramos llamar limitadas y, por último, en Chipre, existe un conflicto de mayor fondo en el que, cuando callan las armas se mantiene vivo el rescoldo del odio entre griegos y turcos, que en cualquier momento puede explotar trayendo a primer plano el interés sobre un punto neurálgico del Mediterráneo que guarda íntima relación con el Próximo Oriente.

La cuestión chipriota y las relaciones greco-turcas

Como antecedentes importantes, recordaremos que al extenderse el imperio romano por el Mediterráneo, Grecia pierde su antigua personalidad y aunque más tarde la dinastía de los Paleólogos restablece el imperio griego, los turcos ponen pie en Gallípoli en el siglo XIV, acelerando la decadencia de tal imperio, que acaba por derrumbarse al conquistar Mohamed II la ciudad de Constantinopla en 1453. De ahí arranca la secular rivalidad entre griegos y turcos. Pero las raíces del espíritu griego se mantuvieron firmes durante los tres siglos y pico que duró la dominación otomana, y así pudo producirse la insurrección griega de 1830 y resurgir una nueva Grecia que quedó definitivamente constituida tras la guerra balcánica (1912-13). Al final

de ésta adquirió parte de Macedonia y Tracia y la isla de Creta. Resulta interesante el caso de esta isla, porque viene a ser como un antecedente histórico del caso de Chipre. De 1896 a 1912, Creta estuvo considerada como una «provincia autónoma» de Turquía, aunque sólo tenía una minoría turca y estaba administrada por un alto Comisario griego. En dos ocasiones se intentó la «enosis» por parte de Grecia, pero sólo la fuerza de las armas triunfantes en la guerra balcánica fue capaz de conseguirla.

Refiriéndonos ahora a Chipre, vemos que esta isla, rescatada por los Cruzados del poder de los árabes, fue aprovechada por los venecianos, que la perdieron en 1571 ante la invasión turca y, al cabo de tres siglos, en 1878, la Sublime Puerta hizo cesión a Inglaterra de los derechos administrativos de la isla, en la que quedaba población griega y turca. Desde un principio estuvieron éstas enfrentadas entre sí, llegando a desatarse las pasiones en cuanto se declaró la independencia de la isla en 1960. Esta rivalidad entre griegos y turcos chipriotas ha venido a sumarse al viejo antagonismo existente entre Grecia y Turquía, cuyos pueblos cada día ponen más encono en sus respectivas posiciones acerca de los derechos de la minoría turca en Chipre, como antes había ocurrido en Creta.

No hemos de entrar en el detalle de esta candente cuestión porque se halla sujeta a negociaciones con gran intransigencia por ambas partes y con el antecedente de Creta no se ve clara una solución pacífica. Nos limitaremos a señalar algunas bases presentadas para un posible arreglo: creación de una confederación de tipo helvético, con una especie de cantón greco-chipriota y otro turco-chipriota, o bien el canje de los derechos turcos en Chipre por algunas pequeñas islas griegas del mar Egeo, donde se establecería la minoría turca. Cualquier vaticinio sobre el particular resultaría aventurado; pero, en cambio, haremos notar que en las negociaciones entran o influyen países extramediterráneos, lo cual corrobora la idea expuesta de que una cuestión mediterránea, como la de Chipre, no es un problema puramente mediterráneo, sino que afecta a la política mundial. Cualquier intervención extranjera produciría un desequilibrio político en este mar, y al buscar su retorno a una posición estable, daría lugar a otros movimientos bélicos compensatorios en distintos puntos del globo y una verdadera reacción en cadena de decisiones bélicas para tratar de conseguir mejoras de posiciones políticas, estratégicas o económicas.

Por lo pronto, el hecho de que los dos países enfrentados sean miembros de la NATO, hace que se vean más o menos implicados en el conflicto los demás miembros de la Alianza atlántica. Los países comunistas y neutralistas siguen atentamente el conflicto en espera de una coyuntura que les permita tomar posiciones ventajosas.

Tal es, en resumen, la situación de la zona que habría de servir de paso al empuje de Oriente si éste considerase llegado el momento de romper el cerco e intentar el asalto sobre Africa para aplicar la doctrina de Lenin: adueñarse primero del continente africano para dominar después a Europa. Todos los compromisos políticos, económicos y militares contraídos por la U. R. S. S. con los países del mundo árabe están encaminados hacia ese fin. Si lograran convertir en satélites los países árabes desde el Yemen hasta Marruecos, los soviéticos tratarían de conseguir lo que ellos llaman la «diberción de la cuenca mediterránea», buscando el cerco de Europa por el Sur, como una respuesta al cerco montado por los occidentales anteriormente contra los países comunistas y pasar luego al asalto de Europa.

El avance por el norte de Africa podría ser una línea de mínima espera por parte de los occidentales y, con un menor esfuerzo, los países orientales podrían alcanzar posiciones favorables para su estrategia. Un indicio de tal posibilidad es que tanto la U. R. S. S. como la China comunista tratan de ir ocupando posiciones ideológicas en el continente negro, las cuales pueden servir para posteriores avances materiales.

Las últimas bases militares montadas por los anglo-sajones para hacer más efectivo el dominio de la orilla sur del Mediterráneo son las establecidas en Libia. La más importante, es la base norteamericana de Wheelus, que se montó para dar a la NATO un fuerte punto de apoyo en el norte de Africa cuando hubo que abandonar las de Marruecos. La eliminación de estas bases es el objetivo de la estrategia nasseriana, como se ve por las presiones sobre Libia, por su ofrecimiento al Presidente Makarios para intervenir en la isla de Chipre, donde hay bases inglesas, y por su apoyo a las tribus árabes desde que empezaron a hostigar a los ingleses en Aden.

A los Estados Unidos todavía les queda la posibilidad de su VI Flota con los submarinos dotados de proyectiles «Polaris» y su aviación embarcada capaz de transportar proyectiles con carga atómica, pero contra esto ya se alzó, en su día, la voz de Ben Bella,

cuando era aliado de Nasser, pidiendo la desnuclearización de las aguas del Mediterráneo.

Si los orientales consiguieran el dominio del norte de Africa, el Mediterráneo pasaría a ser una zona barrera interpuesta entre Europa y el espacio norteafricano, despojado ya de bases occidentales. A Europa le correspondería el papel de muro de contención y una vez más le tocaría sufrir los efectos directos de la guerra.

El asalto al continente europeo

Tres son las direcciones que se presentan como especialmente aptas para el ataque desde Africa contra el frente meridional de Europa y acerca de las tres existe una experiencia histórica: a través de los estrechos turcos, por el canal de Sicilia y por el estrecho de Gibraltar.

Región de los estrechos turcos

Históricamente, esta vía de invasión corresponde al asalto de los turcos sobre Gallipoli en 1359, pero no encierra interés en la hipótesis que consideramos, porque el avance tan profundo por el norte de Africa como lo suponemos, quita todo interés estratégico a la operación.

Paso del canal de Sicilia

La posibilidad de este salto quedó demostrada por los anglosajones frente a las fuerzas germano-italianas en 1943. La situación estratégica era la siguiente: las fuerzas alemanas presionaban en forma agobiante sobre los rusos en el frente oriental, por lo que éstos exigían la apertura de un nuevo frente en Europa para que se descongestionara aquél. Los anglosajones no podían pensar todavía en el asalto al continente a través del canal de la Mancha, como más tarde se llevó a cabo, y los ingleses consideraban, en cambio, que la conquista de Italia sería una manera de conseguir el tirón deseado de las tropas alemanas, porque tras la destrucción del ejército de 250.000 hombres que había combatido en Africa, y al abandonar Italia la lucha, los alemanes tendrían que enviar tropas para guarnecer la

Riviera, para mantener un frente en el norte de Italia y para llenar el vacío que dejarían los italianos al retirar sus tropas de la región balcánica.

Para ello contaban los anglo-sajones en el Mediterráneo con 27 divisiones, entre las que estaban las 13 mejores divisiones británicas. La conquista de Italia sería para estas tropas como la recompensa natural del esfuerzo que habían llevado a cabo para conseguir las grandes victorias obtenidas desde los días de El Alamein.

Establecida una decisión entre Churchill y Roosevelt con esta directriz estratégica, su desarrollo se llevó a cabo mediante la ocupación previa de las islas de Pantelaria, Linosa y Lampedusa, con lo que se eliminaban unos aeródromos germano-italianos. En la primera decena de julio de 1943 se montaron las operaciones de asalto a Sicilia, fase necesaria para el ataque a la península italiana, lo que además les permitía asegurar sus comunicaciones en el Mediterráneo. Por fin, el 13 de agosto saltaron sobre la península a través del estrecho de Mesina.

Tras esta exposición de circunstancias y hechos, hay que tener en cuenta dos consideraciones para poder dar al ejemplo presentado su verdadero valor actual: la primera, que los asaltantes de 1943 tenían a su favor un predominio aero-naval sobre los germano-italianos, mientras que en el caso que consideramos pudiera no ser tan clara la superioridad a favor del bando oriental asaltante.

Otra consideración es que el asalto se llevó a cabo entre Túnez y Sicilia, no solamente porque era la línea de acción más directa sobre Italia, sino porque era la operación que tenía más facilidad de realización, ya que el asalto a través del estrecho de Gibraltar hubiera tropezado con una España neutral que podía ser un grave obstáculo, como anteriormente lo había sido para los alemanes cuando llegaron sus tropas por el Norte hasta los Pirineos.

La región del Estrecho de Gibraltar

En este caso, que a nuestro juicio es el más razonable, la península Ibérica tendría un papel excepcional como cabeza de puente europea. Asegurándose en ella, no sólo se podría impedir a las fuerzas del bando oriental la libre disposición del Mediterráneo, sino que podría servir de base para coadyuvar por aire y por mar a la defensa de la península Apenina en el caso de que ésta no hubiese sido ocupada

todavía por un empuje desde Yugoslavia a favor de los ríos Drave y Save. Mientras se mantuviera firme la península Ibérica y las grandes islas mediterráneas desde Córcega a Sicilia, la cuenca occidental mediterránea quedaría a favor de los occidentales, como ocurrió con el reino de Aragón entre los siglos XIV y XVI.

Veamos con más detalle el valor de la península Ibérica:

España y Portugal constituyen un reducto natural poblado por cerca de 40 millones de habitantes. Este espacio podría defenderse con unas 30 divisiones al amparo de la barrera pirenaica, quedando limitado en el resto de su contorno, de una manera natural, por el Atlántico y el Mediterráneo. En el interior tiene abundantes posibilidades para el establecimiento de bases aéreas y en su periferia buenos puertos para el enlace con el exterior.

Si consideramos sus costas, presentan en su parte Oeste los excelentes abrigos de las rías gallegas y puertos importantes como el de Lisboa, con el mar de Palha en un ensanchamiento del Tajo, formado sobre una fosa sísmica que comunica con el Atlántico por un estrecho brazo de 1.500 metros de anchura, dando lugar a un hermoso puerto muy abrigado.

En cuanto a las costas meridionales de la península, si pensamos en un intento de asalto desde el Sur, ofrecen distintas condiciones según se considere la parte occidental del estrecho o la oriental. Aquélla presenta un terreno bajo más difícil de defender ante un asalto y penetración enemiga, pero, en cambio, cuenta con la gran base de Rota. Otra circunstancia favorable a la defensa de este sector es que los puertos marroquíes atlánticos que pudieran servir de base de partida para un asalto están alejados y no son muy seguros. En cambio, la parte oriental del estrecho presenta con su topografía mejor posibilidad de defensa en las estribaciones de la Penibética, pero tiene en contra la mayor proximidad de la costa marroquí.

Por lo que se refiere a Gibraltar, no constituye más que un largo y desagradable episodio histórico en lo político y, en el aspecto militar, hoy día no tiene más que un escaso valor como posición táctica. El campo de la estrategia reclama espacios cada vez más amplios y en puro lenguaje militar no cabe hablar de estrategia al referirse a una posición aislada. En las inmediaciones de un estrecho pudo haber posiciones estratégicas cuando una fuerte escuadra con gran radio de acción podía hacer sentir su peso; pero la aviación ha venido a arrebatarse este dominio absoluto del mar que antes tenían las escuadras.

Por otra parte, las bases aeronavales necesitan un firme y amplio apoyo terrestre, por lo que Gibraltar se ha empequeñecido y no puede tener trascendencia estratégica mientras no cuente con un hinterland adecuado en la península que permita afirmar la combinación de fuerzas de tierra, mar y aire. Durante la Segunda Guerra Mundial, Gibraltar fue un punto de apoyo de las fuerzas navales inglesas y base para la organización de convoyes marítimos, mientras nadie atacó tal base; pero ante un ataque aéreo, los barcos anclados en la dársena tenían que salir a alta mar por falta de apoyo antiaéreo. Así, el 6 de julio de 1940 fue alcanzado el acorazado «Renown» por un ataque aéreo francés y el 1.º de abril de 1942 pasó lo mismo con el «Resolution» ante un ataque italiano.

Recíprocamente, en las costas de Africa, nuestras plazas de soberanía tienen un hinterland a todas luces insuficiente para que puedan jugar el papel de cabezas de puente sobre la costa africana, si se las considera aisladamente. Por eso, la estrategia nos lleva a considerar la necesidad de una política de acercamiento entre España y Marruecos, que tan íntimamente las liga el estrecho.

La aportación de España y Portugal a la defensa mediterránea no acaba con el valor de sus tierras peninsulares, sino que ambos países cuentan con un grupo de islas en pleno Atlántico, que tienen una gran importancia como zona de reacción frente a los continentes europeo y africano en el caso de que un enemigo procedente del Este hubiera llegado a dominar el estrecho de Gibraltar.

Efectivamente: en el conjunto de los países europeos occidentales, su frente más avanzado hacia Oriente está en la Europa central, y el más a retaguardia, en la frontera política de los países ibéricos que pasa por la línea Azores-Canarias. Ambos archipiélagos tienen ante sí un foso suficientemente amplio y seguro para poder basar en ellos las operaciones aéreas y anfibas que sean necesarias para reaccionar sobre la península Ibérica y sobre Marruecos, y ayudar desde el primer momento a los reductos que hubieran podido sostenerse allí tras las primeras embestidas de unos países orientales.

La importancia estratégica de las islas Canarias y su relación con el Mediterráneo se puede comprobar cuando se lee en el libro II de las Memorias de Churchill relativas a la Segunda Guerra Mundial que, «ante el peligro de que España cerrase la puerta del Gibraltar, tuvimos preparada durante casi dos años una expedición de más de 5.000 hombres y los barcos de guerra necesarios para ocupar en pocos días las

Canarias, desde donde hubiésemos podido combatir por aire y por mar a los submarinos enemigos y garantizar la ruta hacia Australia por el Cabo, si los españoles nos hubiesen impedido el uso de Gibraltar».

Situadas a 54 millas de la costa africana, dominan el paso interior entre ellas y la costa y, por otra parte, las rutas que atraviesan el Atlántico hacia Suramérica o Suráfrica están sujetas a interferencias de los aviones y navíos basados en dichas islas.

Por lo que se refiere al archipiélago portugués de las Azores, despliega sus nueve islas principales y sus islotes 15° al oeste de la costa portuguesa comprendida entre Lisboa y el Cabo San Vicente, emergiendo de una profundidad marina de 4.000 metros y con alturas que pasan de 2.000 metros sobre el nivel del mar.

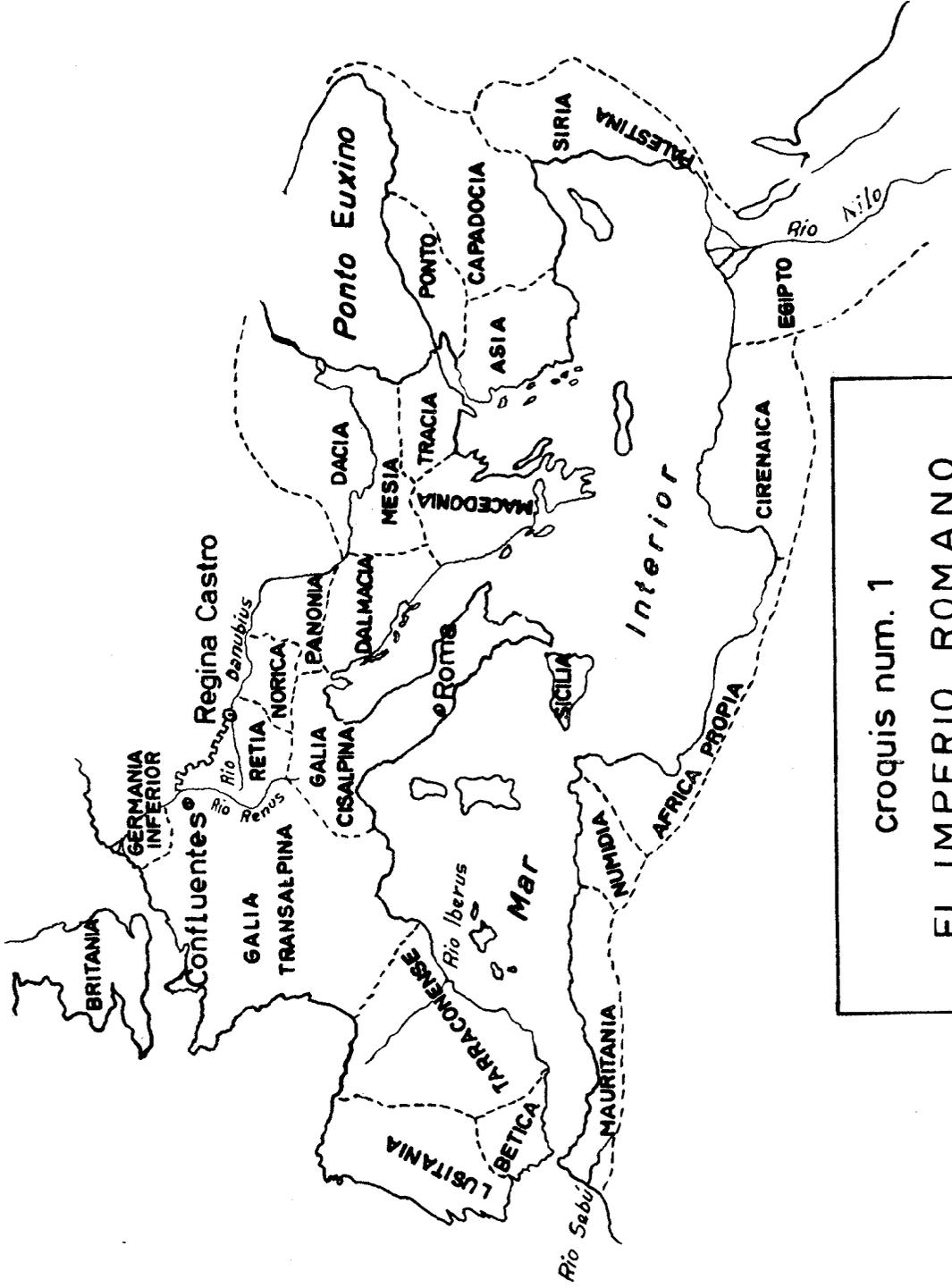
Durante la Segunda Guerra Mundial sirvieron de base a los anglosajones para apoyo de su acción en la batalla del Atlántico frente a los alemanes que poseían las costas atlánticas francesas. En la actualidad, un tratado franco-lusitano, firmado el pasado año, concede a Francia una base de localización de proyectiles autopropulsados en la isla de Flores, la más occidental del archipiélago.

S Í N T E S I S

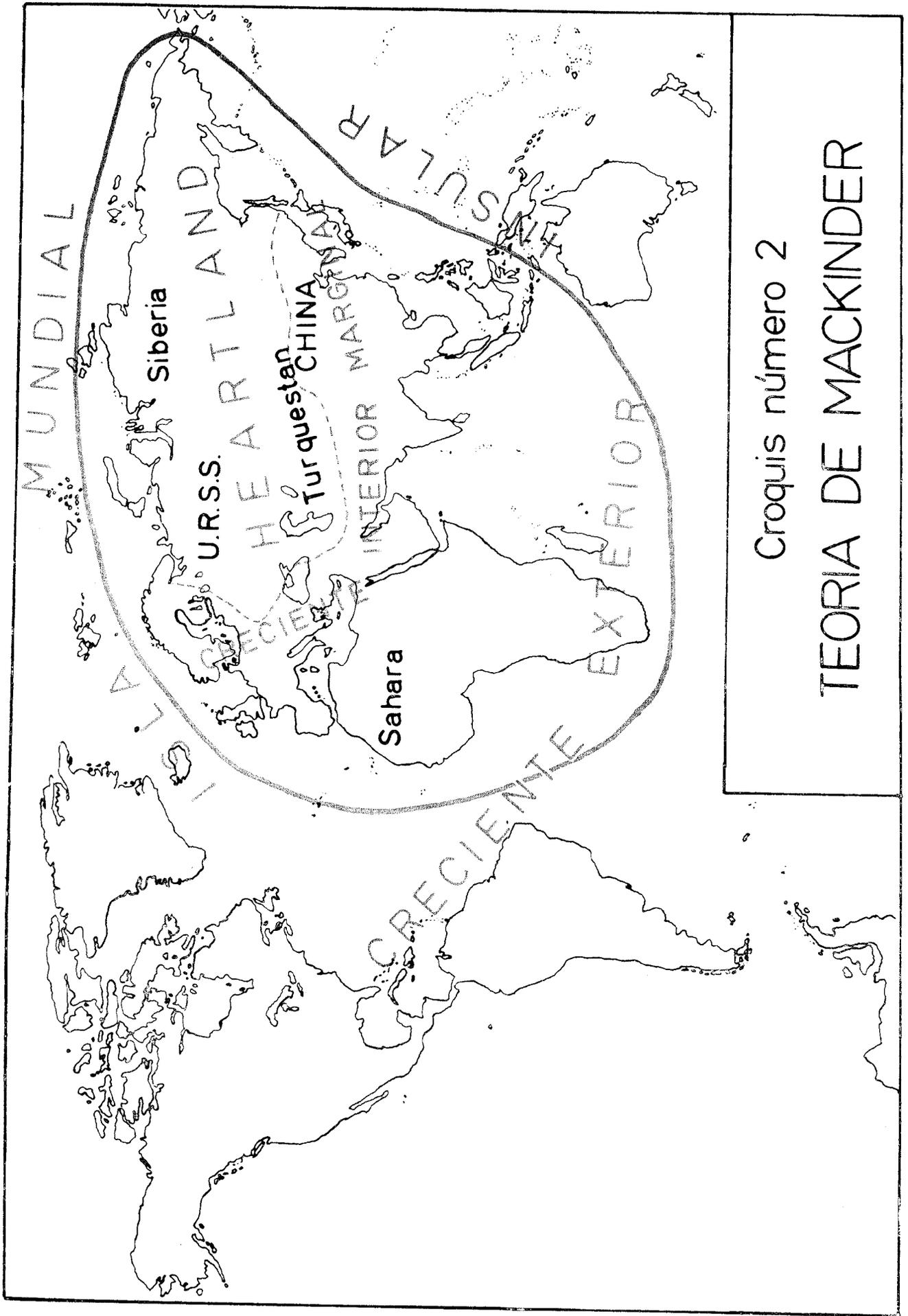
Podemos decir que el Mediterráneo tiene hoy día una zona peligrosa de penetración bélica que es el Oriente Medio. El movimiento correspondiente puede iniciarse haciendo saltar la chispa que encienda la guerra generalizada como una derivación de lo que hasta hoy no es más que un conflicto latente entre árabes y judíos, o buscando una complicación progresiva de la guerra de Chipre. Las propias altas esferas internacionales lo han comprendido así y han tenido que recurrir en ambos conflictos allí existentes a la intervención de tropas internacionales de la O. N. U. para evitar su extensión, lo cual se ha conseguido hasta ahora.

Otra zona de gran interés es el norte de Africa, que puede ser invadido para llevar a cabo una amplia maniobra de envolvimiento de Europa. Esta área cabe asimilarla a una materia de fácil combustión, a lo largo de la cual podría extenderse rápidamente el fuego de la guerra.

Por último, el Mediterráneo aparece como un amplio cortafuegos que defiende el mediodía de Europa, aunque con un grado diferente de protección en cada sitio, ya que existen en él tres zonas peligrosas: los estrechos turcos, el canal de Sicilia y el estrecho de Gibraltar.

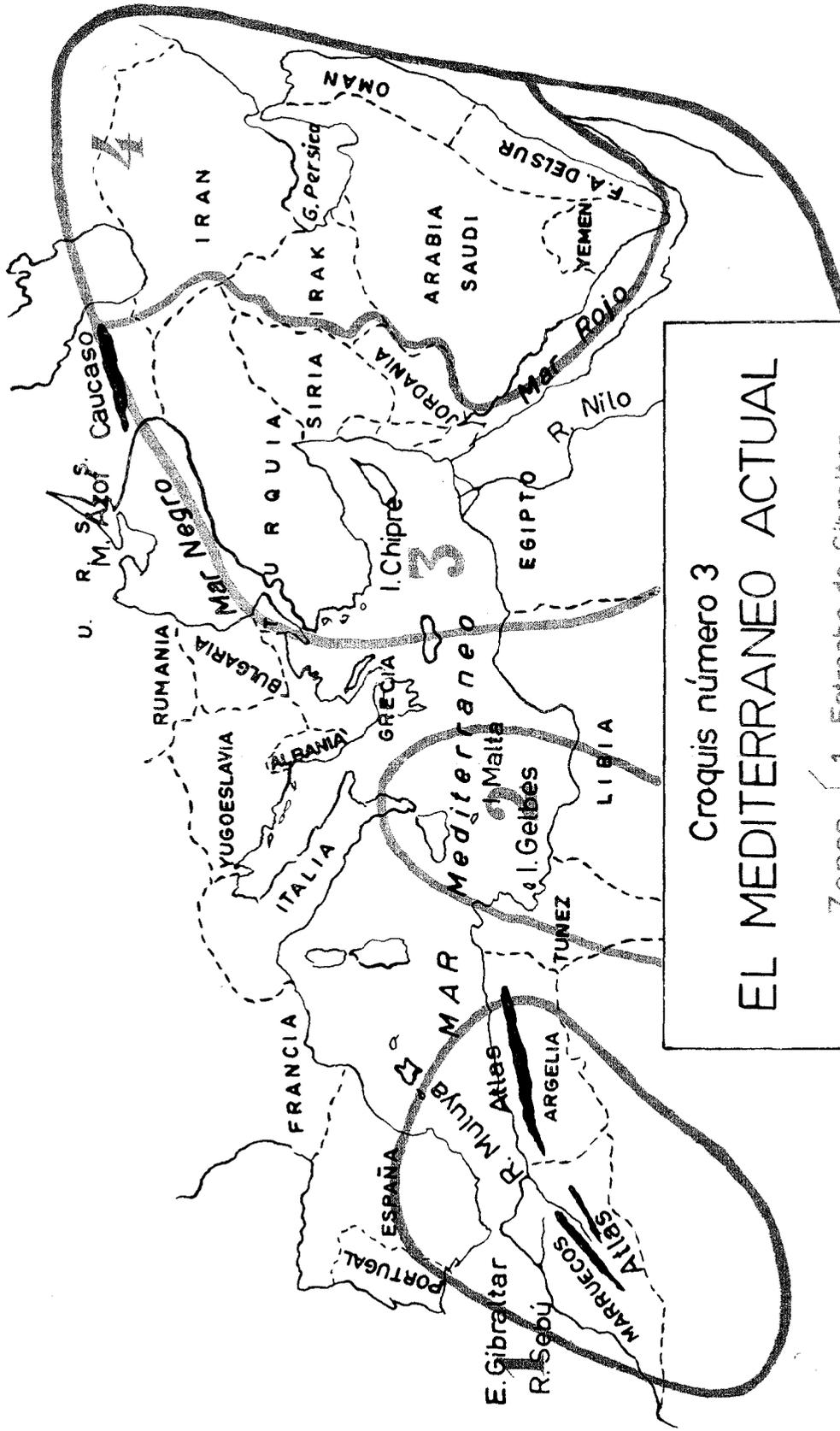


croquis num. 1
EL IMPERIO ROMANO



Croquis número 2

TEORIA DE MACKINDER



Croquis número 3

EL MEDITERRANEO ACTUAL

Zonas

- 1.- Estrecho de Gibraltar
- 2.- Canal de Sicilia
- 3.- Próximo Oriente
- 4.- Oriente Medio

críticas